patricia sverlo

UN REY GOLPE A GOLPE

Biografía no autorizada de Juan Carlos de Borbón



2ª EDICION
25.000 ejemplares vendidos

ARDI beltza

CAPÍTULO 5

SEDUCIENDO AL FRANQUISMO

Comienza la "Operación Lolita"

Aquel joven, adolescente, rubio y alto, de mirada melancólica, que era Juan Carlos a los 18 años, no tuvo problemas para seducir a los hombres serios del Opus Dei tipo López Rodó, allá por los años 50. La visita a Montellano de Escrivá de Balaguer, en 1955, ya había sido un claro síntoma de la voluntad de la Obra por aproximarse al príncipe. También llevaba años siendo una figura constante en su formación Angel López del Amo, profesor del príncipe en Friburgo (1947), en Miramar (entre 1951 y 1954), durante distintos periodos en la especial escuela principesca de Malmequer, en Estoril, y, además, el único civil durante la etapa de formación militar (en Montellano y en la Academia de Zaragoza). Hubiera seguido siendo una pieza clave si no hubiese muerto en accidente de tráfico, en Estados Unidos, en 1956.

La lucha política entre las familias del Régimen se definía a finales de los 50 con toda claridad en dos bloques: de un lado, los tecnócratas del Opus. Del otro, la Secretaría General del Movimiento, la Falange pura y dura. Los primeros se decantaban por la monarquía, pero no encarnada en Don Juan, sino en un hijo del Régimen

domado a sus pechos, Juan Carlos. Los segundos, todo lo contrario, gastaban sus energías en intensas campañas contra los Borbón, construidas en torno a una idea-consigna básica: "No queremos príncipes tontos que no saben gobernar". Era la suya una posición visceralmente hostil a la monarquía y a Don Juan. Pero mucho más, a Juan Carlos, que significaba para los falangistas la alternativa viable a la que Franco podría dar paso. Precisamente por eso, Juan Carlos gustaba a los tecnócratas de la Obra.

A partir de 1957, después de la muerte del infante Alfonso, por distintas circunstancias políticas, miembros y simpatizantes del Opus y los de la ACN de P (la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, algo más jóvenes, que algunos años más tarde, para darse un poco más de empaque, pasarían a llamarse "grupo Tácito") comenzaron la que dieron en llamar "Operación Lolita". Con ella intentaban planificar con antelación suficiente cómo deberían ser las cosas a la muerte de Franco: una evolución pacífica, sin ruptura, que permitiera la pervivencia del Régimen bajo unas formas modernizadas. La monarquía se contemplaba más como una salida que como una solución a la dictadura franquista. Apostaban por ella porque sabían que el Régimen no tenía heredero y se agotaba con Franco. Su "Operación Lolita" (luego en los libros de historia rebautizada como "Operación Príncipe", a saber por qué) tenía previsto todo para gobernar hasta los años ochenta, como poco. Contaban con su Jefe de Estado, Juan Carlos; varias opciones alternativas para Jefe de Gobierno (Carrero Blanco primero, Torcuato Fernández Miranda después, o López Rodó), y sus planes de desarrollo.

La guerra de familias la iba ganando la Falange, hasta que Carrero Blanco, tenido por la eminencia gris de la dictadura, comenzó a ganar cada vez más terreno en El Pardo y consiguió en febrero del 57 que Franco hiciera una crisis de Gobierno que incorporaría a los suyos a los círculos de poder... La euforia entre los monárquicos fue enorme.

Torcuato Fernández Miranda actuó desde el comienzo como el ideólogo de la operación, por llamarlo de alguna manera. Al igual que Carrero Blanco, no pertenecía al Opus pero estaba próximo. En sus planes se contemplaba la necesidad de llevar a cabo ciertas reformas aperturistas para romper con el aislamiento de España y con la autarquía, pero siempre dentro de un orden y desde la total coherencia con el Régimen. Luego, se le añadieron a la verdadera

historia un sin fin de pretensiones, matices, justificaciones... y, en estudios recientes, se ha intentado presentar aquellos planes como algo que nunca fueron, como si aquel grupo de poder, que lo único que pretendía era consolidarse a sí mismo, hubiera tenido en mente una reforma democrática. En realidad, para Fernández Miranda la sucesión en Juan Carlos representaba la garantía constitucional de la continuidad, como dejó escrito repetidamente. Todavía en el año 66, escribía en el diario Arriba que el futuro rey "tiene que ser de estirpe real. Pero, además, tiene que ser encarnación de la legitimidad histórico-nacional que el Estado español, surgido del 18 de julio, encarna". Más que claro, lo tenía clarísimo: "Las leyes fundamentales del Estado español –escribió- exigen un Rey comprometido en la continuidad histórica de la legitimidad nacional surgida del 18 de julio, como fecha irreversible".

¿Cómo vivía todo esto Juan Carlos? Pues bastante distante y hasta distraído, se dedicaba a otras cosas. Todos lo trataban como a un jovenzuelo y, en lo esencial, se comportaba como tal, poco consciente de lo que pasaba a su alrededor hasta límites insospechados. En aquella época estaba en la Academia Militar de Zaragoza y los viernes y sábados se lo llevaban a dormir al Gran Hotel para que se relajara y la vida militar no se le hiciera tan dura. En mayo o junio conoció a Antonio García Trevijano (más popular por Trevijano, a secas), que ejercía de notario de Albarracín y frecuentaba el mismo hotel los fines de semana, muy posiblemente por ser el mejor de la ciudad y el que más visión de futuro podía darle. Claro que Juan Carlos no supo quién era hasta algunos meses después. Con la misma candidez que había encandilado a aquellos señores tan serios y católicos, empeñados en planificar el futuro de la patria, Juan Carlos tomó a Trevijano por un ricachón mejicano, sólo porque llevaba un sombrero de paja de ala ancha, hablaba con acento andaluz y lucía un gran bigote negro. Y ni sus tutores ni el avispado notario le quitaron de su error, ¿para qué? Juan Carlos se había quedado petrificado un día contemplando el coche de Trevijano, un espectacular descapotable Pegaso, primer premio mundial de elegancia en la exposición de París. Y sin pensárselo dos veces se le acercó con interés y timidez al mismo tiempo. "¿Eres mejicano?". "Sí, sí". Y como un chiquillo le preguntó si le llevaba a dar una vuelta, pero que antes tenía que ir a pedir permiso. "¿Y cómo tienes que pedir permiso tan alto como eres?", le vacilaba Trevijano, que disimulaba, como si no supiera quién era el prín-

cipe. Juan Carlos se acercó a un grupo de generales y volvió emocionado: "Que sí, que sí puedo ir. Me ha dicho el jefe que sí". "Pues venga, sube". Y el notario incluso le dejó conducir un rato. Al día siguiente, aceptaría además llevarlo de vuelta a la Academia, satisfaciendo los deseos del príncipe de llegar allí en el coche. Quería que sus compañeros lo vieran y presumir un poco delante de ellos para resarcirse de todas las bromas que tenía que aguantar con respecto a su padre. Más de una vez había tenido que pelearse, dándose cita de noche en el picadero de la academia, para ajustar las cuentas con alguno a puñetazos. Y en varias ocasiones había salido de esos encuentros con un ojo a la funerala.

Desde su primer encuentro, Juan Carlos y Trevijano se hicieron inseparables para las febriles correrías de sábado noche durante ese curso y el siguiente. Trevijano le presentaba chicas un poco mayores que él, que eran las que le gustaban. Como Cuqui, la venezolana, y otras muchas, con las que se iban a bailar o a merendar, siempre en el Pegaso. Juan Carlos iniciaba entonces su azarosa vida sexual, con aventuras mil que también tendrían como escenario el Estoril de los reyes exiliados. Precisamente ese año comenzó sus relaciones con la condesa Olghina de Robiland, que, siguiendo la pauta habitual, le llevaba unos cuantos años y a la que le escribiría numerosas cartas con citas de letras de canciones rancheras, que años más tarde ella vendería a la prensa.

Con Trevijano, Juan Carlos pasó varios meses en la inopia, sin saber realmente quién era su correligionario de juergas, hasta que Don Juan, en unas vacaciones en Estoril, le interrumpió una entusiasta parrafada sobre su amigo "el mejicano": "¡¿Pero no ves que te está tomado el pelo, hombre, que ese es Trevijano, y es de aquí?!". Naturalmente, también tuvo que explicarle quién era el tal Trevijano (no iba a ser tan fácil sacarle de una metedura de pata tan ridícula), ya un conocido personaje en aquella época, metido en todo tipo de intrigas políticas, aparte de amigo personal del propio Don Juan. El descubrimiento, con todo, no quebró su amistad con el notario. Ya que estaba tan metido en política y a que su padre lo había descrito como tan inteligente, Juan Carlos aprovechó para preguntarle, a ver si él lo sabía: "¿Y tú me puedes decir qué va a pasar? ¿Quién va a ser rey, mi padre o yo?". Trevijano le dijo que él después de su padre, pero la respuesta no debió convencerle demasiado. Lo poco que percibía de lo que se cocía a su alrededor con los del Opus había conseguido que estuviera inquieto, nervioso e impaciente. "Pero yo... no sé. Como rey ¿qué voy a hacer?", le preguntaba. Y Trevijano, medio en broma medio en serio, le espetó un día: "Pues lo primero, me vas a tener que meter a mí en la cárcel". Juan Carlos se rió mucho con la ocurrencia, pero Trevijano acertó. El primer Gobierno del rey Juan Carlos, con Fraga como ministro de la Gobernación, lo llevaría a prisión en el mes de marzo del 76.

Buscando sitio en la izquierda y en la derecha

A medida que Juan Carlos, desde su mayoría de edad recién estrenada, iba afianzando su puesto en la carrera hacia el trono, Don Juan iba perdiendo terreno, hasta quedarse prácticamente sin sitio. La opción juanista estaba cada vez más desdibujada y difusa. Mientras, su hijo se consolidaba como el representante de la amenaza franquista, convirtiéndose en el enemigo dentro de la casa Borbón. Sus vanos intentos por aproximarse a la oposición no acaban de dar los frutos esperados. A menudo, cuando Juan Carlos iba de permiso a Estoril y hablaban de tal o cual problema, su padre se irritaba: "¡Demonios! ¡Me hablas desde el punto de vista de Franco!" Ya no se trataba sólo de una guerra de familias, entre los distintos sectores franquistas; ahora era también de la propia familia, en el hogar de los últimos Borbones.

Don Juan nunca se rindió ante los avances de su hijo. Uno de sus sucesivos bandazos políticos a la desesperada aconteció en Estoril el 20 de diciembre de 1957. Fue cuando intentó recuperar espacio, adhiriéndose a la Comunión Tradicionalista de los carlistas, en un emotivo acto en el que aceptaba sus principios generales a fin de ganarse el apoyo de sus hombres. Según la legitimidad de origen carlista, los derechos a la Corona recaían en él, siempre que supiese ganárselos moviéndose hacia la derecha. Poco más tarde, en 1958, en Lourdes, rodeado de unos dos mil carlistas, reafirmó la postura, poniéndose la boina roja símbolo de los requetés. Fue inúti, y poco más tarde volvió a tontear con la oposición liberal.

En el 58, padre e hijo montaron una especie de competición navegando alrededor del mundo, que resultó fiel reflejo de la que tenían en el campo político. Juan Carlos había embarcado en la bahía de Cádiz el 10 de enero como guardiamarina del buque escuela Juan Sebastián Elcano. Y Don Juan había salido el 18 de

haber seguido adelante. No se sabe muy bien por qué no acabó de cuajar después de largos años de relación casi oficial. Probablemente tuvieron mucho que ver los devaneos amorosos simultáneos del príncipe, que eran vox populi, hasta en sus momentos más comprometedores y escandalosos, en concreto a finales de 1959, que fue precisamente cuando la relación con Gabriela se enfrió definitivamente. Después de Juan Carlos, Gabriela tuvo otros novios. Salió también con Nicky Franco, el hijo del embajador y sobrino del caudillo. Pero acabó casándose -y luego divorciándose de él- con Robert Balkany . Actualmente vive con su madre en Merlinge, a 20 kilómetros de Ginebra, y se dedica principalmente a su gran afición, el juego y los casinos.

Una hija sin padre

De forma simultánea al noviazgo casi oficial con Gabriela de Saboya, Juan Carlos mantenía otras relaciones menos aristocráticas y formales. Se habló de flirteos con una noble madrileña y de otros amores fugaces en Zaragoza, apadrinados por Trevijano, en una época en la que el único y verdadero amor del príncipe era un prototipo de coche deportivo de lujo marca Pegaso. Pero, sobre todo, fue mucho lo que se comentó de sus relaciones con la condesa italiana Olghina de Robiland, a la que había conocido en Portugal en 1956, pocos meses después de la muerte de su hermano Alfonso, cuando ya se le había pasado el disgusto y no se perdía un sarao.

El flechazo entre Olghina y Juan Carlos se produjo en una cena en el restaurante Muxaxo, junto a la playa del Guincho, organizada por un grupo de altezas reales: la "fiesta de los exiliados". Olghina frecuentaba los círculos aristocráticos de Estoril cuando iba a visitar a su tía Olga, que tenía un palacete en Sintra. Y en aquel sarao coincidió al lado de Juan Carlos, que no tardó en tirarle los tejos y sacarla a bailar. Él tenía 19 años y ella, 23. "Me gustas muchísimo, Olghina, te mueves como las olas...", le dijo. Y esa misma noche consiguió llevarla a casa en el "escarabajo" negro que usaba para desplazamientos cortos, no sin antes aparcar un rato en un punto elevado con vistas al Atlántico. Los asientos traseros de aquel coche serían su lugar de encuentro habitual durante aquel verano.

Para Olghina, Juan Carlos era "un iluso un poco tonto", pero

alto, rubio, de ojos azules... y, sobre todo, sano, a diferencia de muchos de sus familiares. Pese a su juventud, le gustaba su "virilidad adulta". La Robiland ya había recorrido mil caminos, con dos abortos incluidos de por medio. Sabía de la vida. Pero está claro que Juan Carlos supo hacerse con ella. "Le encantaba sorprenderme y dejarme con la boca abierta", recuerda. Al parecer, poco tuvo que ver en su enamoramiento el hecho de que él fuese un príncipe heredero. De hecho, lo consideraba entonces un candidato muy distante e improbable a un trono inexistente. Y, por otra parte, siempre andaba sin dinero y, con frecuencia, tenía que pagar ella cuando salían a cenar o iban a un hotel.

Su relación no fue en absoluto clandestina. Él iba a buscarla a su casa y hablaba con su tía. Pero, eso sí, tenía la firme convicción de que estaba llamado por el destino, "ya jugaba a ser rey", y le dejó claro desde el comienzo que de casarse, nada. La candidata oficial seguía siendo Gabriela de Saboya. Olghina era... otra cosa, más carnal. En sus cartas le decía: "Te quiero más que a nadie ahora mismo, pero comprendo y, además es mi obligación, que no puedo casarme contigo y por eso tengo que pensar en otra. Y la única que he visto, por el momento, que me atrae, física, moral, por todo, muchísimo, es Gabriela" (mayo de 1957).

Ella creía, y discutió el tema con él, que podía competir con Gabriela en cuanto a genealogía. Pero él no lo vio así, ni, por supuesto, sus padres. Nunca fue considerada un partido a la altura. Y, además, era una libertina: "Me gusta dar todo lo que tengo, y como sólo me tengo a mí misma... Puede que en mi caso la generosidad no sea una virtud", decía ella de sí. Anduvo toda su vida mezclada en escándalos y sus propios padres le dieron la espalda.

De todos modos, aceptando las condiciones que se le imponían, tuvieron una relación larga, si bien intermitente, de más de tres años. Y él escribió muchas cartas, en una extraña mezcla de francés, inglés, italiano y, sobre todo, español, a la "Olghina de mi alma, de mi cuerpo y de mi corazón". En ellas intercalaba letras de sus rancheras favoritas, a falta de mejores poemas que echarse al papel, porque nunca fue un amante de la buena literatura. Pero también, como era obligado, incluyó algunos párrafos gloriosos de creación propia, que brindó a la historia (puesto que las cartas se hicieron públicas a finales de los años 80): "Esta noche en mi cama he pensado que estaba besándote, pero me he dado cuenta de que no eras tú, sino una simple almohada, arrugada y con mal olor (de

verdad desagradable), pero así es la vida. La pasamos soñando una cosa mientras Dios decide otra" (1 de marzo de 1957).

Tan libertino como Olghina -aunque bastante más protegido de la maledicencia popular-, Juan Carlos, además de mantener su relación semi-oficial con la de Saboya y la aventura *off the record* con la Robiland, tenía al mismo tiempo otros flirteos. En concreto, uno muy sonado con una bailarina brasileña a la que había conocido cuando andaba embarcado en el Juan Sebastián Elcano. También a ésta le escribió decenas de cartas apasionadas. Para que llegaran más rápido, se las enviaba por mediación de la representación diplomática española en Río de Janeiro. Pero nunca recibió respuesta, pese a las "simpatías" que ella le había mostrado. Franco le llamó un día en aquella época para ordenarle un "¡basta de aventuras!" contundente, y recomendarle que fuera buscando novia aristocrática de una vez. Y le puso encima de la mesa todas las cartas que él le había enviado a la brasileña y que el embajador de Brasil, fiel lacayo, había interceptado sólo para sus ojos (los del dictador).

Con Olghina continuó teniendo encuentros, lejos ya de Estoril. En 1957, en una escala de Elcano, se vieron en Portofino y pasaron unos felices días juntos. Luego, más veces, a lo largo de 1958, sin que al príncipe le importase lo más mínimo el último alboroto provocado por la Robiland, el del Rugantino, por el que Olghina había sufrido incluso un proceso judicial y fue estigmatizada por la alta sociedad. Todo había sido porque su fiesta de cumpleaños, en noviembre del 58, en un club nocturno de Trastévere, había acabado con el striptease integral de una bailarina turca, un instante captado por un *paparazzo* para mayor escándalo de la buena sociedad en aquella Italia de la *dolce vita*.

Y así siguieron hasta que la relación entró en zona oscura en 1959, con cartas cada vez más distanciadas y frías. Instalada en Italia, Olghina trabajaba entonces como periodista, haciendo crónica social y entrevistas a famosos para Lo Spechio, un periódico fascista; y como actriz ocasional cuando caía algo. Precisamente estaba con un pequeño papel en una obrita teatral (para el que la habían contratado, más que por sus dotes interpretativas, porque su nombre atraía público), cuando se dio cuenta de que estaba embarazada por tercera vez. En esta ocasión se negó a abortar. Tenía perfectamente claro quién era el padre y quiso tener el hijo a toda costa, pese a su mala situación económica. Se marchó de Roma para dar a luz discretamente. Paola de Robiland nació a finales de ese año cerca de París.

Olghina no le dijo nada a su querido Juan Carlos entonces. Pero sí lo hizo en agosto de 1960, casi un año después, cuando se lo encontró en el Club 84, acompañado de Clemente Lequio (el padre del famoso Dado Lequio). Una vez se libraron del acompañante, se fueron juntos a la pensión Paisiello y, sólo a la mañana siguiente, Juan Carlos le confesó que estaba prometido con Sofía de Grecia. Incluso tuvo el mal gusto de enseñarle el anillo que le había comprado. Fue entonces cuando Olghina le contó lo de Paola. Poco se sabe de cómo terminó aquella conversación, salvo que él escuchó "con distanciamiento borbónico" y dijo poco; y que Olghina tuvo que pagar la habitación y el taxi, razón por la cual se justificó más tarde que Juan Carlos le enviara un cheque, firmado por él mismo, por una suma indeterminada de dinero.

Públicamente, Olghina ha dado versiones contradictorias sobre la identidad del padre de su hija Paola. Por ejemplo, en la versión española de sus memorias, publicadas por Grijalbo en 1993, desmintió tajantemente que el padre fuera "un hombre alto". A sus padres no les dijo siquiera que había sido madre hasta que lo descubrieron por su cuenta tres años después. Además pretendió que se conformasen con el cuento de que el padre de la niña había muerto. Pero aquello no coló. El 17 de agosto de 1961, su padre, el conde Carlo Nicolis di Robiland, le escribió una carta pidiéndole explicaciones satisfactorias, ya que su madre se había enterado de la verdad que toda Roma comentaba: que el padre de la niña no había muerto, sino que, muy al contrario, tenía pensado casarse con otra próximamente. En ese párrafo de la carta (que publicó años más tarde la prensa italiana) figuraba una anotación al margen que ponía "con SAR Sofía de Grecia" (y las fechas coinciden, porque Juan Carlos y Sofía se casaron en febrero del 62). Por su parte, Carolina de Kent, su madre, fue a verla personalmente y tuvieron una disputa en la que le acabó diciendo a Olghina textualmente: "Yo sé quien es el padre de esta niña. No continuaré diciendo que está muerto. Es el príncipe Juan Carlos de España. Un día él lo sabrá y también Paola lo sabrá. Porque ella tiene derecho a tener un padre. Y yo haré que esto suceda". Así fue como comenzó una trifulca familiar que acabó en los juzgados, después de largos años en que sus padres siempre habían ignorado a su hija, absolutamente despreocupados por los problemas, económicos o de otro tipo, que pudieran aquejarla. Ahora, sorprendentemente, pasaban a intere-

sarse muchísimo por su nieta. En los mentideros se comentaba que todo respondía a una bien calculada generosidad, puesto que la niña en cuestión "podría convertirse en la gallina de los huevos de oro". Los padres de Olghina, abuelos de Paola, iniciaron un proceso judicial para hacerse con la custodia de la niña, que ganaron sin dificultad a comienzos del 62, con el argumento de que Olghina estaba en la indigencia y no podía atenderla.

La ex amante del príncipe se quedó hundida. Se sentía humillada, desesperanzada... y rompió definitivamente las relaciones con su alcoholizado padre y su manipuladora madre. Estos meses de profunda depresión, febrero y marzo del 62, en los que coincidieron la pérdida de su hija y la boda de Juan Carlos y Sofía, escribió un diario para desahogarse. En él, Juan Carlos era el verdadero protagonista de modo muy significativo, reapareciendo una y otra vez en constantes alusiones, aunque ya ni se veían ni mantenían correspondencia. El 28 de febrero del 62 escribió que su tía Olga, "por snobismo inverso al de mi madre", estaba aterrorizada con la idea de que Olghina se pudiera presentar con la niña en Estoril, lo que provocaría una tensión límite con los Borbón. También escribió: "He sabido que Juan Carlos se ha declarado escandalizado (con los primos Torlonia) por mi maternidad clandestina. ¡¡¿¿Precisamente él??!! ¡Es el colmo! A menudo me pregunto por qué me hago la heroína y cubro las espaldas de los viles". "¡Si supieras cuánto me debes!", escribía el 3 de marzo todavía refiriéndose a él .

Paola de Robiland vive hoy en Nueva York. Es profesora de la Universidad de Columbia, no quiere saber nada de su madre y, mucho menos, de la prensa.

La alternativa griega

Para entender cómo Juan Carlos llegó a comprometerse con Sofía de Grecia, necesariamente ha de volverse atrás en el tiempo. Ya queda dicho que fue en 1954 cuando se vieron por primera vez, en un crucero del Agamenón, uno de aquellos viajes por las islas griegas que organizaba la reina Federica de Grecia para promocionar el turismo y, de paso, facilitar las relaciones entre los de sangre azul de todo el mundo. Pero ahí no hubo nada. Gabriela acompañaba en aquella ocasión al príncipe.

Juan Carlos y Sofía no volvieron a verse hasta cuatro años después, en 1958, esta vez en el castillo alemán de Althausen, con motivo de la boda de una hija de los duques de Würtenbgerg. El general Armada fue testigo de aquel encuentro: "En este baile fue donde conocí a la princesa Sofía. Estaba monísima. El príncipe me la presentó y confieso que, mientras bailaban, me pareció que hacían una pareja colosal". Pero tampoco aquí hubo nada especial entre ellos. Ese preciso año estaba Sofía muy concentrada en Harald de Noruega, heredero al trono de ese país. Se estuvieron publicando cosas sobre su presunto noviazgo durante dos años. Pero todo se vino abajo cuando se hizo pública la cantidad fijada para la dote de Sofía. El rey Pablo había pedido para la ocasión 50 millones de francos antiguos, pero sólo le concedieron 25. Se rumoreó que a la familia real noruega la cifra le pareció demasiado exigua. Hubo negociaciones. La reina Federica estaba dispuesta a una concesión anticipada de su herencia personal en favor de Sofía para incrementar la suma. Pero no fue adelante la cosa. Entre otras razones, de esas que la razón no entiende, porque Harald con quién quería casarse era con Sonia Haraldsen, que no era de sangre real. Y lo consiguió seis años después. Sofía se quedó desconsolada.

Volvieron a coincidir los futuros reyes de España en 1960, en el mismo castillo alemán, también para una boda (la de la princesa Diana de Francia con el heredero del ducado de Würtenberg, en este caso). Pero la pareja de baile de Juan Carlos seguía siendo Gabriela de Saboya. Y, aparte de Gabriela, en aquella época ya está publicado que se mantenía entretenido con La Chunga, una bailaora española, aunque sólo era la favorita de sus pasiones. Había más, incluida Olghina, con la que todavía mantenía algún que otro vis-a-vis ocasional.

Tras tanto desencuentro con la princesa griega, sin embargo, muy poco después, en mayo de ese mismo año, surgiría como por arte de magia el flechazo. Los Borbón viajaron en esa fecha a Nápoles para asistir a la Semana de Vela de las Olimpiadas de Roma, desde Cascais a bordo del Saltillo con algunos amigos (por cierto, incluida la omnipresente Gabriela). Se hospedaron en el mismo hotel en donde estaban los reyes de Grecia y familia, y allí –sí, justo allí tuvo que ser- consiguió por fin cupido hacer diana.

Nadie se percató, pero de regreso a Estoril, Juan Carlos le confesó a un amigo (Bernardo Arnoso, Maná) que se había hecho novio de Sofía, y le enseñó una pitillera que ella le había regalado. Si se lo contaba, era porque quería un favor: que le acompañase a decírse-

ción oficial como sucesor, aunque el conde de Barcelona no quisiera darse por enterado. La cosa había quedado suficientemente clara cuando, a finales de 1965, la agencia Efe difundió unas declaraciones del que entonces era ministro de Información, Manuel Fraga Iribarne, al prestigioso Times, en las que aseguraba que si algún día la Monarquía volvía a España sería con Juan Carlos. La noticia pilló a Don Juan en Suiza, donde pasaba unos días con su madre, y su irritación recorrió todas las fronteras para llegar de inmediato a Estoril, donde todo su equipo, entonces constituido por 62 consejeros, se sintió solidariamente molesto. Lo primero que hicieron fue exigir una nota de repulsa y una reacción del príncipe que, por supuesto, no consiguieron. Juan Carlos se limitó a visitar a Franco para explicarle que Fraga le había puesto en un aprieto, en el que resultaba difícil poder mantener su papel de buen hijo. El Caudillo no le hizo mucho caso: "Pero ¿por qué tanta preocupación? Si eso lo ha dicho un ministro...". En realidad los dos eran perfectamente conscientes de que Fraga no improvisaba, que estaba orientado.

"Tu hijo te quiere arrebatar el trono", le dijeron los más próximos a Don Juan. Y para compensar su consternación, el Consejo Privado propuso celebrar un acto público de lealtad al conde, con un documento firmado por todos los consejeros y encabezado por Juan Carlos. A esto sí se avino, en principio, el príncipe. Se fijó como fecha el 5 de marzo de 1966.

Para asegurarse de que Juan Carlos iba a ir, que era lo verdaderamente relevante del evento, Pemán y el duque de Alba lo visitaron en La Zarzuela el viernes 4. No había dudas. El príncipe incluso les enseñó el billete de avión. Pero al día siguiente, cuando ya todo estaba preparado para el almuerzo en el Hotel Palacio, a eso de las 12 de la mañana sonó el teléfono en Villa Giralda. Era Juan Carlos, que alegaba en el último momento una afección de vientre para excusar su presencia. Había entonces allí varios consejeros, que desde el salón pudieron perfectamente seguir la conversación entre padre e hijo, gracias al elevado tono de voz con que Don Juan le respondió al teléfono en el despacho y con la puerta abierta: "No tienes ningún derecho a ponerte enfermo. Y menos hoy... El día que me casé con tu madre yo también estaba hecho una mierda y aguanté hasta el discurso de Pemán sin desmayarme. Tuve que joderme y por la noche cumplir, a pesar de todo, con tu madre".

Fue un discurso memorable que todos los presentes, entre los que

se incluía el propio Pemán, recordarían con pavor durante años. Don Juan nunca se creyó que la cagalera de su hijo fuera real, al menos antes de haber aguantado el rapapolvo paterno. Y eso que nunca supo que ese mismo día había tenido el descaro de visitar a Franco acompañado de la princesa, para decirle que no le agradaba asistir a dicha reunión política, aunque su padre tenía especial empeño en ello, episodio que el dictador contó algunos días después a uno de sus más fieles colaboradores, Pacón. Tampoco supo que a los pocos meses el príncipe acudiría a una reunión con políticos reformistas en casa de Joaquín Garrigues Walker (la ventanilla de EE.UU.), para presentarse como alternativa a la incompatibilidad entre su padre y Franco.

Dominando su ira, sin dar mayores explicaciones, Don Juan y sus consejeros decidieron continuar como si nada el acto que tenían previsto, haciendo de tripas corazón, sobre todo Pemán, que pronunció, pese a todo, un florido discurso. Ya por la noche, reservadamente, el conde de Barcelona se reunió a cenar en Villa Giralda con un grupo de consejeros: el propio Pemán, Yanguas, Sainz Rodríguez, Gamero, Andes, Martínez Almeida, Fanjul y Ansón. Y tras el café en el salón, les anunció solemnemente: "El príncipe ha salido hoy de mi autoridad. La unidad de la Dinastía, queridos míos, está rota". Sainz Rodríguez, que ya nadaba a dos aguas (había con anterioridad escrito una carta a Franco, pidiéndole volver a Madrid, con el objetivo de colaborar en el nombramiento del príncipe como sucesor) le explicó a Don Juan que aquello era algo que todos, menos él, habían visto venir desde la entrevista del Azor. "Don Juanito tiene que jugar su papel en España y lo que ha hecho hoy era inevitable". También le dijo que él veía muy claro que la única oportunidad que el conde de Barcelona tenía de ser rey de España desde 1946, era que Franco se muriese, en un accidente o en un atentado. Y Don Juan se quedó muy especialmente con aquella parte del discurso, que retumbaría en su cabeza un año después, cuando tuvo noticias de que el Generalísimo acababa de sufrir una lipotimia mientras cazaba en Cazorla.

"Su bajeza"

En el mes de octubre de 1967, durante el transcurso de una cacería en la sierra de Cazorla, Franco se puso repentinamente enfermo.

Una lipotimia. Los mecanismos del Régimen actuaron de inmediato para que la noticia no trascendiera, pero, aún así, Don Juan consiguió enterarse a través de un amigo inglés, un marino que estaba participando en la montería. Don Juan tuvo una visión... de sí mismo ya con la corona puesta. Si Franco se moría de repente, como había dicho Sainz Rodríguez, esa era su oportunidad. Había que moverse rápido y discretamente y pensó que lo mejor era llamar a Antonio García Trevijano, que estaba en Madrid, para que hiciera por él las gestiones oportunas. Y, naturalmente, Trevijano las hizo. Una vez enterado del asunto, lo primero fue entrar en contacto, a través de mediadores de la banca, con el director general de seguridad de Franco, el coronel Blanco, que se quedó no poco sorprendido de que Trevijano estuviera al tanto: "¿Quién más lo sabe?", preguntó asustado. Intercambiaron datos y hablaron del tema. La verdad era que lo de Franco no había sido nada. Una falsa alarma. Pero de todos modos pensaron que lo mejor era ponerse en la hipótesis, de cara al futuro. "Y si a Franco le pasa algo un día... ¿qué hacemos? ¿cómo nos organizamos?". El plan de Trevijano consistía en enviar un avión militar a Lisboa y traer a Don Juan para presidir los funerales. Si en vida a Franco no se le ocurría dar ningún paso hacia la vía sucesoria, tal y como estaban las cosas eso sería lo más lógico y natural. Así se lo pareció también al coronel Blanco y así quedó el proyecto establecido. Pero no sólo entre ellos dos. Como es de suponer, no consultaron con Franco pero, en cambio, en los meses siguientes sí metieron en el ajo, a través de conversaciones secretas, a banqueros como Vals Taberner y Alfonso Escámez, a mandos militares, a representantes de la oposición... Cuando Don Juan vino a Madrid para el bautizo de Felipe, un año después, Trevijano le facilitó encuentros, algunos en su despacho de la plaza de Cristo Rey y otros en el mismo Palacio de la Zarzuela, con Díez Alegría, con Escámez, con gente de Comisiones Obreras, con curas, con militantes de partidos clandestinos... De todo un poco. Quien no intervino en absoluto fue el príncipe Juan Carlos. Con él no se contó para nada de nada, en principio porque se llevaba muy en secreto, pero también porque su participación, en caso de llevarse a efecto los planes, sería nula.

Con lo que no contaban era con que Juan Carlos ya estaba a esas horas trabajando en sus propios proyectos, también reclutando adeptos, muchos tremendamente próximos al grupo de Don Juan. Incluso dentro de él. El mismo Luis Vals Taberner no se sabe bien

cuándo exactamente se pasó del bando juanista al juancarlista. Desde luego, se ocupaba de la economía de Juan Carlos desde 1962, es decir, desde su boda con Sofía. Pero, como buen banquero, procuraba estar a bien con todos. Al mismo tiempo que ayudaba a Trevijano en sus primeras gestiones para contactar con el coronel Blanco, también ayudaba a Pedro Sainz Rodríguez a conseguir un pasaporte especial para viajar a Madrid a entrevistarse en secreto con Juan Carlos y decirle que, si se lo proponían, tenía que aceptar ser el sucesor sin dudarlo.

En alguno de sus movimientos no fue el príncipe del todo afortunado. Sobre todo, cuando se le ocurrió recurrir al propio Trevijano para que sondease en Estoril a alguien que no sabía si estaba con él o con su padre. El príncipe estaba dejando ver demasiado a las claras que había una diferencia de intereses entre los dos, precisamente ante quien, pese a haber compartido con él tantas chicas en los tiempos de Zaragoza, estaba ciertamente con el conde. Trevijano se fue a Estoril y rápidamente llamó a Don Juan para contárselo. Fue Sainz Rodríguez el que, cínicamente, se mostró más escandalizado por lo que oía. "Si eso es así, yo dejo de llamarle al príncipe su alteza y a partir de hoy le llamaré su bajeza", dijo.

Pero tampoco Don Juan lograba dar en la diana con sus iniciativas. En noviembre de 1968, los juanistas consiguieron colar en la revista francesa Point de Vue, especializada en familias reales, una entrevista en la que el príncipe declaraba con rotundidad: "Nunca aceptaré la Corona mientras mi padre esté vivo". En realidad se trataba de una frase que Juan Carlos había pronunciado años antes, en otra entrevista realizada en 1965 y publicada en enero de 1966 en la revista norteamericana Time. Los adláteres de Don Juan pretendían que Juan Carlos se viera obligado a confirmarla. Pero no les salió bien. La conmoción que aquellas declaraciones causaron en El Pardo provocaron una reacción contraria en el príncipe. Después de múltiples desmentidos por parte de sus colaboradores más próximos (López Rodó, Mondéjar y Armada), él mismo pidió visitar a Franco para contarle la verdad de la historia. Franco le aconsejó que no rectificase: "Las familias reales no pueden discutir en la prensa. Hay que salir al paso indirectamente". Lo que se les ocurrió fue sacar rápidamente otra entrevista para la prensa española. Tan brillante resultó que todavía hoy se pelean por su autoría Manuel Fraga (que sostiene que en la redacción definitiva le ayudó Gabriel Elorriaga, jefe de su gabinete, quien la llevó luego a La

Zarzuela, donde el príncipe la aprobó y añadió dos líneas de su puño y letra) y Alfonso Armada (que dice que la escribió él mismo a partir de unas notas escuetas que le había dado el príncipe). El caso es que fue el director de la agencia Efe, Carlos Mendo, el designado para firmar la entrevista y distribuirla a toda la prensa. La posición del príncipe quedaba clara: lo aceptaba todo y, si Franco le nombraba, sería el sucesor a título de rey, tras jurar los Principios del Movimiento Nacional y Leyes Fundamentales. Se publicó en varias revistas y en el diario Pueblo, en portada y con grandes titulares: "Declaraciones a tumba abierta". En Zarzuela se recibieron más de 20.000 felicitaciones.

La designación

Todo estaba más que dispuesto ya para cuando Franco quisiese dar el último y definitivo paso. Quedaban apenas cuatro cositas, cuatro condiciones previas, que no tardaron más de un año en cumplirse.

El 5 de enero de 1968, el todavía considerado Príncipe de Asturias (en tanto que heredero de Don Juan) cumplía 30 años, la edad fijada por la ley de 1947 para poder ser designado sucesor a título de rey. Pocos días después visitó a Franco, quien le recomendó: "Tenga mucha tranquilidad, alteza. No se deje atraer por nada. Todo está hecho". Antes de terminar el mes, el día 30, nació su primer hijo varón, Felipe. Ya había heredero. Segundo problema resuelto.

Pero quedaban todavía un par de detalles. Franco temía tanto la intransigencia de la ex reina como la del frustrado nunca rey, sobre todo de cara al exterior, si se negaban a asumir la irregularidad que tendría que producirse en la línea sucesoria, y no quería dejar cabos sueltos. Tenía que garantizar que su reacción sería razonable por la vía que fuese.

Lo de Victoria Eugenia se resolvió apenas unos meses después de la forma más natural. Se murió el 15 de abril de 1969. Paseaba con sus perritos por los alrededores de Vieille Fontaine, su casa de Lausana, cuando se cayó y se produjo una herida en la cabeza. Tenía 81 años. Don Juan se dio cuenta de inmediato de las repercusiones que aquello podía tener y adoptó una actitud abiertamente arisca hacia su hijo. No le llamó para decírselo hasta tres días

más tarde, después del entierro; y cuando por fin se vieron, lo único que hicieron fue discutir. Lo cierto era que tenían poco que decirse después de las declaraciones a la agencia Efe. Juan Carlos insistió en que si estaba en España era para aceptar lo que había. Y Don Juan le replicó tajante: "Sí, pero no para suplantarme a mí". El príncipe regresó al día siguiente a Madrid, para asistir junto a Franco a otro funeral por la ex reina. Se celebró en San Francisco el Grande, se cantó la Misa de Perosi y Franco entró en el templo bajo palio, como era su privilegio otorgado por la iglesia española al Caudillo de la Cruzada Nacional Católica.

De todos modos, las cosas no podían quedar así con su padre. La misión de Juan Carlos era conseguir, en la medida de lo posible, su apoyo. Y con tal objetivo le pidió a Alfonso Armada que le acompañase a Estoril -nunca se las arregló bien solo-, para explicarle al conde de Barcelona una vez más cómo estaban las cosas. Armada le habló de la España oficial, del punto de vista del Ejército, de las presiones de un grupo importante de ministros (Carrero, López Rodó, Alonso Vega, López Bravo, etc.)... Para acabar diciéndole que tenía el convencimiento personal de que Franco nombraría sucesor a su hijo. Pero Don Juan no le creyó. "Juanito –le dijo el conde de Barcelona-, si te nombran, puedes aceptar; pero puedes estar seguro de que eso no sucederá". En la misma línea, todavía el 8 de mayo, Don Juan, como el más incauto, envió una carta a Franco proponiendo una reunión, "sobre aquellos puntos en donde convergen nuestros desvelos por España. Y con esta mira tan alta, ¿no parece evidente, mi General, la conveniencia nacional de que hablemos con sosiego y corazón abierto?" No hubo respuesta.

No se sabe exactamente con qué anticipación comenzó el equipo de Juan Carlos a trabajar para conseguir sin problemas la aprobación de las cortes a su nombramiento. Pero desde el mes de noviembre tenían preparada la "Documenta", una especie de currículum, resumen de las actividades del príncipe, que el día del juramento distribuirían a los procuradores y a la prensa. También con meses de antelación, con el propósito de asegurarse el voto de la Falange, Juan Carlos se reunió con su más destacado representante, Antonio Girón de Velasco, en una comida en el restaurante Mayte Comodoro. Juan Carlos intentó estar simpático y le preguntó si le podía llamar de tú. "Mientras no me insulte, usted me puede llamar como quiera". Girón se explayó contándole las esencias del Movimiento Nacional y, cuando terminó, el príncipe sol-

dado también hizo su párrafo: él era un militar y como militar asumía la patria y muchos de los postulados de Girón. Eso sí, como él no era el Generalísimo Franco, dijo haciendo un poco de broma, pues tenía que ir a mear. Y es que el aguante de Franco, que no se movía de la mesa del consejo de ministros durante toda una mañana, fue uno de los tópicos del Régimen. En definitiva, la reunión resultó un éxito. Juan Carlos le había caído francamente bien y Girón decidió apoyarle. En el pleno resultaría fundamental el rotundo "sí" del primer falangista de España, como motor de arrastre de todos los demás.

A mediados de junio, Juan Carlos viajó de nuevo a Portugal para pasar unos días en familia. Antes de irse, había pasado por El Pardo a despedirse del Generalísimo. "Venid a verme en cuanto regreséis, porque tengo algo importante que deciros", le había anunciado éste. Y, todavía antes, había hablado con López Rodó, quien, por su parte, le había adelantado que estuviese preparado. Pero en Estoril no dijo nada de estas conversaciones. Muy al contrario, le aseguró a Don Juan que todavía no sabía absolutamente nada de la sucesión, y que, si él quería, cogía a Sofía y a los niños y se venía a Portugal, apuntando, eso sí, que si seguía en España y Franco le proponía como sucesor, no le iba a quedar más remedio que aceptar, porque si no Franco nombraría a Alfonso Borbón y Dampierre.

Está claro que, en cualquier caso, no fue lo suficientemente rotundo porque, de vuelta en Madrid, Juan Carlos le dijo a López Rodó que no había podido adivinar cuál sería la actitud de su padre cuando el hecho se produjese. El problema siguió ahí hasta que, en julio, Sainz Rodríguez tuvo su trascendental y decisiva entrevista secreta con Juan Carlos en Madrid, en la que le aseguró: "No se preocupe por su padre. De su buena reacción me encargo yo".

Apenas unos días después, el 12 de julio de 1969, Juan Carlos recibió la esperada llamada de Franco. En su cita, después de comer en El Pardo, el dictador le comunicó por fin su decisión de designarle sucesor, así como las fechas previstas a tal efecto. "De acuerdo, mi general, acepto". Franco sonrió imperceptiblemente y le dio un abrazo. Cuando el príncipe salió del despacho, pudo ver que ya estaba allí esperando el embajador de España en Lisboa, al que Franco le entregaría a continuación una carta que ya tenía preparada para Don Juan, para que la llevase inmediatamente a Estoril.

En cuanto Juan Carlos llegó de vuelta a Zarzuela, llamó a Villa

Giralda, pero no se atrevió a decir nada, ni siquiera a su madre, y se limitó a anunciar que Nicolás Mondéjar salía aquella noche para llevarle una carta a su padre.

La carta de Franco para Don Juan, encabezada "Mi querido Infante", le anunciaba la decisión y añadía: "Quiero comunicároslo y expresaros mis sentimientos por la desilusión que pueda causaros, y mi confianza de que sabréis aceptarlo, con la grandeza de ánimo heredada de vuestro augusto padre D. Alfonso XIII". Y, aparte, se permitirá prevenirle "contra el consejo de aquellos seguidores que ven defraudadas sus ambiciones políticas". En cuanto la leyó, Don Juan exclamó: "¡Qué Cabrón!". Y rápidamente, como para todas las misiones sensibles, prácticamente en secreto, a espaldas de sus consejeros oficiales, llamó a Trevijano para decirle: "Lo peor ha sucedido".

Trevijano salió en su propio coche a toda velocidad y en pocas horas se presentó en Villa Giralda. En cuanto llegó, Don Juan le enseñó la carta de Franco, que provocó en el abogado todavía más indignación que en Don Juan. Sentenció que era necesario responder. Don Juan le encargó que redactase él mismo la contestación.

Al día siguiente, con Trevijano todavía clandestinamente en Villa Giralda, le llegó a Don Juan la carta de su hijo: "Como por teléfono no se puede hablar, me apresuro a escribirte estas líneas...". Todavía con el recuerdo vivo de los últimos enfrentamientos, en aquel acto de adhesión al que no había ido, cuando murió la abuela... no se atrevía a hablar con él personalmente. "Rogando a Dios que mantenga por encima de todo la unidad de la Familia –le decía en la carta, mientras aguardaba la reacción a una más que prudente distancia-, quiero pedirte tu bendición". Todavía le sentó peor esta carta a Don Juan que la de Franco. Y también a Trevijano, quien, lleno de cólera, le dijo que, aparte de las razones familiares, tenía que salvar su posición ante la historia: "Esta carta tiene que ser contestada con un documento que conste". Y Don Juan aceptó: "Pasa a limpio la carta de Franco para que salga ahora mismo, y prepárame otra para mi hijo". El texto que Trevijano escribió decía: "¿Qué Monarquía salvas? ¿Una Monarquía contra tu padre? No has salvado nada. ¿Quieres salvar una Monarquía franquista?... Ni estoy de acuerdo, ni daré mi acuerdo nunca, ni aceptaré jamás que tú puedas ser rey de España sin el consentimiento de la Monarquía, sin pasar a través de la dinastía". En cuanto estuvo terminada, Don Juan la firmó y lacró, y aseguró que, junto con la des-

tinada al dictador, saldría enseguida hacia Madrid.

Pero con otros consejeros (en concreto Areilza y Sainz Rodríguez), Don Juan redactaría otro documento, un manifiesto bastante más suave que las cartas, que fue el que se dio a conocer a la opinión pública: ". ..Para llevar a cabo esta operación no se ha contado conmigo, ni con la voluntad libremente manifestada del pueblo español. Soy, pues, un espectador de las decisiones que se hayan de tomar en la materia y ninguna responsabilidad me cabe en esta instauración", decía. Quedaba claro que no pensaba abdicar, pero tampoco se enfrentaba abiertamente a su hijo. Los consejeros le habían recomendado que no lo diese todo por perdido y que se mantuviera como candidato de la oposición al Régimen, como alternativa.

Cuando creyó que la tormenta ya había pasado, Juan Carlos llamó por teléfono insistentemente, pero Don Juan no quiso ponerse. Seguramente lo hizo su madre, Doña María, y en más de una ocasión. Se dice que durante esos días intervino todo lo que pudo a favor del hijo, apaciguando los ánimos e intentando evitar que se produjera una situación de ruptura irreversible. Entre ella, Sainz Rodríguez y los demás consejeros, consiguieron que Don Juan prácticamente se retirase, arrancándole el compromiso: "Yo contra mi hijo no voy a hacer una guerra civil, no voy a enfrentarme. Yo eso no lo hago". Eso sí, prohibió a los miembros de la familia real asistir al acto del juramento en las Cortes y exigió a su hijo la devolución de la placa de príncipe de Asturias. En vísperas de la designación, el príncipe se había quedado sin título. López Rodó con Carrero Blanco, por un lado, y Juan Carlos, con Sofía y el Marqués de Mondéjar, en la Zarzuela, por otro, tuvieron que ponerse a pensar a toda prisa en el que podría llevar a partir de entonces. Al parecer, fue Sofía la que, inspirándose en su propio apellido, sugirió el de "Príncipe de España", sobre el que no había precedente histórico alguno. Y a todos les pareció bien. ¿Qué otra cosa podían hacer?

El juramento en las Cortes

Algunos días antes, con la colaboración de sus ayudantes Mondéjar y Armada, con la de Torcuato Fernández Miranda, que no se lo quiso perder, y con el asesoramiento de Carrero Blanco y López

Rodó, Juan Carlos ultimó su discurso. Luego se lo leyó dos veces al dictador para su aprobación definitiva.

Todo estaba preparado para el gran momento del que, a partir de entonces, sería proclamado Príncipe de España: la ceremonia del juramento, un evento de enorme relevancia histórica, aunque la falta de previsión (o la premeditación, no se sabe) del propio Franco al señalar la fecha hizo que coincidiera, nada más y nada menos, con el alunizaje de Armstrong, Collins y Aldrin; acontecimiento que, claro, le restaría un poco de protagonismo a lo del príncipe en los medios de comunicación.

El 23 de julio de 1969, Juan Carlos de Borbón y Borbón juró en ceremonia solemne, como sucesor a título de rey del Generalísimo Franco, los Principios del Movimiento Nacional y las Leyes Fundamentales, una especie de compendio, a modo de constitución, de todas las disposiciones legales del franquismo. "Mi pulso no temblará para hacer cuanto fuera preciso en defensa de los principios y leyes que acabo de jurar", declaraba en el posterior discurso, que fue muy bien acogido por la audiencia franquista. Sólo los carlistas mostraron su desacuerdo ausentándose de la sala, así como algunos juanistas, votando un sonoro "no" al príncipe. Los procuradores restantes, incluidos los de Falange, le interrumpieron hasta en diez ocasiones con los aplausos y aclamaciones. Fueron en total cuatro minutos de discurso y doce de aplausos. "Ya hay un Estado monárquico definido: la Monarquía del Movimiento", publicaba exultante el diario Informaciones en portada dos días después.

Don Juan navegaba aquel día por aguas portuguesas en el Saltillo. Los historiadores no se ponen de acuerdo sobre si había ido hacia el norte (rumbo a Figueira da Foz), o hacia el sur (al Algarve). Pero lo que importa al caso es que consiguió desembarcar a tiempo para buscar un lugar desde donde poder seguir la retransmisión de la televisión española: "Qué bien ha leído Juan Carlos", dijo al finalizar la ceremonia.

Por la noche, en aquella ya legendaria fecha, los recién estrenados "Príncipes de España" cenaron en La Zarzuela con sus colaboradores más próximos. El regocijo era general. Se respiraba en el ambiente cuando en un momento de euforia, sin poder reprimirse, Sofía alzó su copa y dirigiéndose a Armada dijo: "Hoy tomamos el mejor vino y yo brindo por usted, Alfonso".

A partir de entonces, las visitas de Juan Carlos a El Pardo pasaron de mensuales a semanales. Todos los lunes, a las cinco de la

tarde, se sentaba con el dictador para comentar los temas que previamente Armada le había preparado en unas notas y que, a la vuelta, trataría de nuevo con él en La Zarzuela.

Mucho tuvo que aguantar la sufrida ciudadanía años después, cuando a los padres de la transición les dio por querer convencernos con sesudos estudios de que todo aquello no había sido, en realidad, más que una pesada broma. Juan Carlos, el defensor de la democracia, ya tenía de aquellas completamente decidido liquidar el Régimen de Franco, según ellos. En fin, que había jurado los Principios del Movimiento y las Leyes Fundamentales con los dedos cruzados. Y eso aún después de que, en 1993, el propio Juan Carlos hubiera declarado públicamente: "No lo comprenderá todo el mundo... Pero si uno lo piensa bien... A menudo me he preguntado si la democratización de España hubiera sido posible al finalizar la guerra civil". Asegurando a continuación que la victoria de Franco había sido "una paz que me transmitió unas estructuras en las que me pude apoyar".

CAPÍTULO 8

LOS ÚLTIMOS PASOS HASTA LA META

Aburrido de esperar

Desde la designación de Juan Carlos como sucesor hasta 1972, Don Juan no quiso verle. El reencuentro fue con motivo de la boda de la infanta Margarita con el doctor Carlos Zurita, el 12 de octubre, en Estoril. Aun así, con ambiente de fiesta y todo, el conde evitó que le fotografiasen con su hijo.

Fueron años difíciles para el príncipe, sobre todo porque, mientras esperaba como millones de españoles -aunque con sus motivaciones particulares- a que Franco se muriera de una vez, se aburría. "Estoy aburrido –dijo en una ocasión-. He pensado en poner una granja en La Zarzuela. Estoy cansado de esta situación. Quiero saber de una vez y para siempre qué voy a hacer. Si voy a ser carpintero, que me lo digan".

En las escasas actividades de su jornada laboral, lo más entretenido era ir a El Pardo una vez a la semana. Para la ocasión, Armada le preparaba, con bastante reflexión sistemática, unas notas. Pero lo cierto era que aquellos despachos, que duraban una hora, normalmente los lunes después de comer, le resultaban a Armada mucho más fascinantes que al príncipe, ya que aprovechaba para apuntar

los temas sobre los que a él le interesaba conocer la opinión de Franco. El príncipe ya era suficientemente adulto como para no tener "tutores", pero a lo largo de toda su vida será una constante el tener el apelativo "Juanito", o "don Juanito", y a alguien al lado que dirigiera sus pasos en la dirección adecuada en cada momento. Irá sustituyendo a uno por otro, según mejor le convengan. En esta etapa en concreto, esta persona era Alfonso Armada, su secretario particular. Con él consultaba todo, le informaba de todo, se dejaba aconsejar en todo... Aunque, poco a poco, a medida que se iba acercando el momento de asumir responsabilidades como rey, Juan Carlos iría dejando que ese puesto de influencia, de tutoría política, lo fuera ocupando Torcuato Fernández Miranda, rodeado por un equipo más o menos coordinado y bien avenido de políticos jóvenes.

Aparte de las reuniones de adoctrinamiento con Franco, sus "tutores" franquistas juzgaron conveniente que se formase un poco en el conocimiento de la administración pública, pasando por distintos ministerios para estudiar las competencias y funcionamiento de cada uno, aunque resulta complicado imaginar qué podía hacer exactamente en esos sitios en el horario que se organizó para él, entre las 5 y las 8 de la tarde, unas horas en las que difícilmente quedaba nadie ya en las oficinas públicas. El resto del tiempo, recibía insignes visitantes en La Zarzuela, como los ministros López Rodó y López Bravo. También solía recibir comunicaciones, informes o recados: del Ejército, de falangistas, intelectuales, empresarios, periodistas...

En fin... todo muy aburrido. Así que, para hacérselo un poco más ameno, Franco le aconsejó que empezase a viajar por toda España, para que el pueblo le fuera conociendo. Aquello sí que resultaba emocionante, sobre todo para sus acompañantes. En una localidad cerca de Valladolid, a la que fue escoltado por el ministro de Agricultura, la gente les arrojó patatas cuando pasaron frente a ellos en coche. El ministro estaba horrorizado y el príncipe se vio en la obligación de tranquilizarle: "Cálmese, señor ministro, a quien se las tiran es a mí, no a usted". Otro día, en Valencia, iba andando por la calle con el capitán general de la región cuando vio a un hombre que se les acercaba corriendo. Instintivamente, en lugar de avanzar más rápido, el príncipe dio un paso atrás y el tomatazo fue a caer sobre el capitán general, que se había quedado solo en medio de la calle. "Gajes del oficio, como hubiera dicho mi abuelo don

Alfonso XIII", le consoló Juan Carlos. También en su visita a Granada le tiraron tomates. Y en un viaje oficial a Canarias, el sucesor de Franco se quedó bloqueado durante varios minutos en medio de un discurso, porque no entendía la letra del que se lo había escrito. Fue al presidente del Cabildo, que había tenido que negociar la presencia del príncipe con comunistas y socialistas, aún en la clandestinidad, al que le tocó aguantar el chaparrón.

Eso sí, donde no se permitían tonterías era en los viajes al extranjero, y muy en especial a Estados Unidos. Cuando fue en enero de 1971, invitado por Nixon. con motivo del lanzamiento del Apolo XIV, durante la retransmisión en directo de televisión fue capaz de improvisar, sin papel alguno y en un perfecto inglés, a preguntas de un periodista de la televisión norteamericana, supuestamente por sorpresa: "La influencia que tiene en las generaciones contemporáneas la concepción del universo obliga a los hombres a salir de su aldea y procurar una visión de la vida más ancha que la que tuvieron las gentes de épocas anteriores". La brillante actuación del príncipe se destacó en la prensa como prueba inequívoca de que no era tan tonto como parecía, lo que no le vino nada mal para lavar su imagen. Estaba ya bastante quemado, e incluso había dicho: "Estoy asqueado de que aquí venga todo el mundo a chuparme el culo y luego me consideren tonto".

Preparando el terreno

Mientras Juan Carlos esquivaba tomates y visitaba los edificios vacíos de los ministerios, los hombres de la "Operación Lolita" continuaban su ardua tarea de preparar el terreno para lo que vendría después de Franco. La decisión del dictador de nombrarle sucesor había sido en gran medida fruto de la tenaz labor de Laureano López Rodó. A partir del 69, él y los otros continuaron con su estrategia por otros derroteros. Para liberalizar la economía y acabar con la autarquía, habrían de pasar necesariamente por una sensible apertura a las libertades políticas, y eran perfectamente conscientes de ello. El mismo López Rodó votaría a favor de la Ley para la Reforma Política de 1976 y a favor de la Constitución de 1978. Para trabajar en ese terreno, necesitaban algo más que un sucesor colocado en La Zarzuela.

Era necesario que Franco, cuando menos, se desprendiera de la

función de presidente del Gobierno en favor de una persona que asegurara a su muerte la entronización pacífica de Juan Carlos. Sobraban argumentos para hacerlo cuanto antes, sobre todo cuando ETA comenzó a actuar, en 1968, matando en agosto al guardia civil José Pardines y al policía Melitón Manzanas, primeros de una larga lista a la que el Régimen no conseguiría poner freno. A comienzos de los 70 se sucedían las movilizaciones de protesta en torno a Euskadi y los juicios del tribunal Militar de Burgos contra nacionalistas vascos. También supuso un impulso el derrame cerebral que inmovilizó al dictador portugués Oliveira Salazar, al caerse de una silla, el 7 de septiembre de 1968. El caso era como para tomar nota. Aquí podría pasar algo parecido en cualquier momento. Pese a su gran apego al poder, Franco acabó por ceder en junio de 1973, designando como presidente del Gobierno a su asesor, el almirante Luis Carrero Blanco. Fernández Miranda se convirtió en su vicepresidente, ministro secretario general del Movimiento, y, además, cada vez con mayor fuerza, el hombre de confianza política del príncipe Juan Carlos.

Completando el trabajo de los tecnócratas del Opus, intervino en estos años Estados Unidos en una dirección similar, si bien con miras más anchas. La inestabilidad política del los 70 era su máxima preocupación. Consideraron que, después de la criba que había hecho Franco a lo largo de 30 años, España estaba ya suficientemente preparada como para que se pudiera acometer el camino hacia una transición pacífica. Con una módica inversión político-monetaria, pusieron en marcha sus planes de financiar y proteger a equipos de variadas etiquetas previstos para la transición, elegidos para la misión de organizar partidos políticos que serían legalizados cuando las circunstancias fueran las adecuadas. Los partidos a crear, o recrear, fueron diseñados como si de sucursales de un centro estratégico supranacional se tratara, con cuadros que debían constituirse en gestores-delegados territoriales. Al electorado se les reservaba la función de meros "consumidores" del producto, por cuyo voto un grupo de partidos especialmente elegidos competiría entre sí en Régimen de oligopolio. Las "marcas", eslóganes y campañas de dichos partidos iban a ser prefabricadas con técnicas traídas de Estados Unidos por personajes formados y teledirigidos para dicha función, como Julio Feo para el lanzamiento y acceso al poder de Felipe González, el candidato fundamental que desmontaría los partidos de izquierdas y haría que España quedase

en la OTAN.

De acuerdo tanto con los planes de la "Operación Lolita" como con los de los norteamericanos, en torno a la Casa del príncipe comenzaron a confluir una serie de personas de su generación. Constituirían algo no muy distinto al Consejo Privado que tenía su padre en Estoril, aunque no se reunían nunca todos juntos. De uno en uno, o de dos en dos, pasaban por Zarzuela a hablar con Juan Carlos, cuya principal función venía a ser el servir de núcleo y de correa de transmisión entre unos y otros. Se trataba fundamentalmente de jóvenes ya introducidos en el sistema político del Régimen, como Miguel Primo de Rivera y Urquijo (que era Consejero Nacional), José Joaquín Puig de la Bellacasa (segundo de Fraga en la embajada de Londres), Jaime Carvajal (amigo y compañero de estudios de Juan Carlos desde la infancia, e introducido en el mundo de la banca), Nicolás Franco Pascual de Pobil (hijo del que fuera embajador en Portugal, sobrino de Franco y Consejero Nacional) y Jacobo Cano (ayudante de Alfonso Armada en la Secretaría de la Casa del Príncipe), entre otros. Y lo que tenían que hacer, su trabajo, era contactar con personas de distintos sectores, en especial de la oposición, para ir explicándoles a todos los planes del príncipe cara el futuro. Cada uno hizo una lista de gente con la que les parecía interesante hablar y se puso a trabajar sobre ella.

Jacobo Cano, por ejemplo, facilitó los primeros contactos con el PSOE, a través de los hermanos Javier y Luis Solana. Pero no le dio tiempo a hacer mucho más. Murió casi nada más empezar, en agosto del 71, cuando su coche se estrelló contra un autobús de la Guardia Civil, precisamente en una de las curvas de la carretera de acceso a La Zarzuela, partiéndose el cuello.

Tomó el relevo de aquellos contactos Jaime Carvajal, que trabajaba en el Banco Urquijo con Luis Solana. Luis Solana acabó siendo él mismo un asiduo de La Zarzuela, a donde iba en moto y entraba sin quitarse el casco, para no ser reconocido. Al grupo del príncipe le interesaba especialmente porque, siendo un buen chico de la burguesía, tenía el lustre de haber estado en la cárcel por vinculación con la Asociación Socialista Universitaria, y tenía algunas relaciones, aunque no orgánicas, con el Partido Socialista. Su hermano Javier (el que acabaría siendo Secretario General de la OTAN en el momento del bombardeo de Yugoslavia), sí estaba mucho más encajado en el organigrama del partido, y también estaba al

tanto de las conversaciones, aunque no participara en ellas personalmente.

Aparte de "hacer contactos", el entorno del príncipe, como buen gabinete de relaciones públicas, tenía que ocuparse de ir construyendo una buena imagen del futuro monarca. Fue una idea que surgió ya en la época en que Carrero Blanco era presidente del Gobierno, un poco preocupado porque aquello de tanto tomatazo no era buena señal. Precisamente ahí fue donde Adolfo Suárez comenzó por primera vez a trabajar para Juan Carlos, desde su puesto de director general de Televisión. Se encargó personalmente de crear una filmoteca con imágenes de Juan Carlos y Sofía, en favor de la causa monárquica juancarlista, suprimiendo todas las apariciones de Carlos Hugo y de Don Juan.

Otra tarea imprescindible consistía en estudiar mediante qué mecanismos, y en qué condiciones exactamente, se iba a poder desarrollar la evolución hacia la monarquía. Ya habían comenzado antes del 69, con iniciativas como la creación de una comisión de seis militares, nombrados por el Estado Mayor Central, Sección de Planes y Proyectos, con Alfonso Armada y Emilio Alonso Manglano entre otros. A esta comisión se le había encargado estudiar el tema "Ideas básicas que deben ser mantenidas a ultranza por las Fuerzas Armadas". Se trataba de descubrir algo así como el alma del Ejército, o las razones por las cuales estaría dispuesto a iniciar otra guerra civil. Todo tenía que estar atado y bien atado. El informe, una vez culminado, fue entregado en Zarzuela. Al príncipe le gustó mucho.

En los años siguientes se hicieron muchos más estudios de prospección, sobre todos los sectores sociales, como los informes FOESSA dirigidos por el profesor Juan Linz, sobre la realidad política y social de España. En la encuesta que esta Fundación realizó en 1970 se llegaba a la conclusión de que el sistema preferido para después de Franco era la república (para un 49,4% de la población, mientras que el Régimen tal cual sólo contaba con el 29,8%, y la monarquía con el 20,8%). Así que había mucho trabajo por delante.

También se encargaron análisis sobre las posibilidades de cambio político respetando la legalidad franquista. En 1973, una serie de jóvenes "progres", entre otros Luis Solana, que pusieron cada uno una cantidad, financiaron el dictamen del catedrático de Derecho Constitucional Jorge de Esteban. Cuando estuvo terminado, le

hicieron entrega de los borradores al príncipe.

Torcuato Fernández Miranda no escribió un libro, pero también elaboró su propio plan. Éste le resultaba más fácil de entender a Juan Carlos, porque no tenía que leer. Ya se lo explicaba su viejo profesor. Así que fue el de Torcuato el que le gustó y su autor se convirtió en el hombre clave del cambio. Gracias a los estudios y encuestas sabían que el patrón diseñado se ajustaría al cuerpo político de España.

La muerte de Carrero

El 20 de diciembre de 1973, el Dodge negro del almirante Carrero Blanco voló por los aires en la calle Claudio Coello de Madrid. Se dirigía, como cada día desde hacía años, siempre siguiendo el mismo itinerario, a la misa de nueve de una iglesia de la calle Serrano, frente a la Embajada de Estados Unidos cuando, como un cohete, de repente, ascendió a gran altura para ir a caer en el patio interior de un convento de jesuitas. Con semejante travesía, el almirante, su chófer y su escolta personal resultaron muertos en el acto.

La princesa Sofía se enteró antes que el príncipe y que la mayoría de los españoles, cuando iba en el coche a llevar a los niños al cole, porque tenía por costumbre escuchar por radio la frecuencia de la Policía. En cuanto llegó a Zarzuela, fue rápidamente a decírselo a Juan Carlos a su despacho. En ese momento sonaba el teléfono y era para darle la noticia.

Los príncipes quisieron ir enseguida al hospital, pero Armada no estaba muy seguro de que fuera prudente, y decidió enviar antes una avanzadilla, en misión de exploración, porque no sabían si era un hecho aislado o si era algo coordinado más amplio. Por fin, les dio permiso y los príncipes se fueron en un coche que conducía el propio Juan Carlos, aunque ya no había heridos a los que visitar. Luego, al volver a La Zarzuela, el príncipe habló con Franco, llegando al acuerdo de que acudiría en representación suya a presidir el entierro, vestido con el uniforme de marino para honrar al almirante.

El atentado contra Carrero tenía el claro objetivo de desactivar, o cuando menos entorpecer, los mecanismos puestos en marcha por el Régimen para facilitar la transmisión de poderes a Juan Carlos a

la muerte de Franco; es decir, la perpetuación del propio Régimen. Pero, curiosamente, las recientes revisiones sobre la Transición se han negado a entenderlo así. En la excéntrica nueva versión que elaboraron periodistas del calibre de Victoria Prego (relanzada últimamente a la actualidad con su célebre frase "¡A por ellos!", en la Puerta del Sol de Madrid), ETA habría poco menos que pretendido boicotear el camino hacia la democracia, encarnada en el mismísimo Carrero Blanco, un demócrata de toda la vida, como todo el mundo sabe. Y, para complicar más la peripecia, los servicios secretos de Estados Unidos habrían colaborado con ETA en el atentado, sin que los padres de la nueva versión de la historia pudieran aclarar con qué intención exactamente. Sobran comentarios críticos sobre estas versiones de pasteleos palaciegos. La falta de rigor está respaldada por la constante desinformación de los medios de comunicación, con especial relevancia del espectáculo televisivo en el que se debaten los informativos.

Lo único cierto es que la muerte de Carrero supuso un importante trastorno para los planes ya elaborados por el grupo concreto de los tecnócratas monárquicos del Opus, involucrados en la "Operación Lolita". Más que nada, porque a Franco, ya en plena decadencia física, se le ocurrió inexplicablemente aprovechar la ocasión para hacer un cambio en la línea de gobierno, probablemente influenciado por su familia. Ante la sorpresa general, nombró a Carlos Arias Navarro, un falangista, presidente del Gobierno, cuando lo más lógico hubiera sido que a Carrero le sucediera su vicepresidente, Torcuato Fernández Miranda. Arias era precisamente el político responsable de la catástrofe del atentado, como ministro de la Gobernación (Interior). Conocido popularmente con el sobrenombre de "El carnicero de Málaga" (que se había ganado en su época de represor, como fiscal militar en la posguerra en Málaga), no se podía decir que fuera un hombre especialmente carismático. Y nadie entendió su nombramiento. Pero tampoco la enigmática frase "No hay mal que por bien no venga", que dijo el Caudillo al referirse a la muerte de Carrero, en su surrealista discurso de fin de año. No era una de las mayores preocupaciones de Franco que sus decisiones fueran o no comprendidas.

Lo único que ocurrió fue que Franco siguió los consejos de lo que se conocía como "el búnker" o "aparato de El Pardo". Un grupo muy próximo a él que integraban su señora, Carmen Polo; su yerno, el marqués de Villaverde; su médico, Vicente Pozuelo; y sus

ayudantes, el general José Ramón Gavilán y el capitán de Marina Antonio Urcelay. Arias Navarro representaba para ellos la garantía de que iban a poder seguir estando ahí, mandando, en el futuro.

Para el grupo "Lolita" todo se vino momentáneamente abajo. Los hombres del almirante fueron destituidos en cadena: Gregorio López Bravo, José María López de Letona, Gonzalo Fernández de la Mora... Torcuato Fernández Miranda, que también pronunció un simpático discurso en aquella época, como despedida de su cargo, hablando de los "nubarrones" y otros fenómenos atmosféricos que aquejaban a España, fue prácticamente expulsado de la vida política y hubo de refugiarse en la presidencia del Banco de Crédito Local. Laureano López Rodó lo tuvo algo mejor, con nuevo destino en Viena, de embajador. Pero ellos y los otros volverían luego, con el ascenso al trono de Juan Carlos.

Por lo demás, que Arias estuviera al frente no iba a resultar tan trascendental. Quizás no era tan hábil como Fernández Miranda, lo que podría haber dificultado el cambio pacífico, sin ruptura. Pero los planes USA siguieron con él adelante. En el entorno del príncipe no hubo cambios. El trabajo de sus colaboradores siguió avanzando en la misma línea. Y Arias, a su manera, esbozó su propio plan de transición pacífica.

El 12 de febrero de 1974 lo expuso ante las Cortes en un memorable discurso, que ralentizaba un poco el ritmo sobre el de los del Opus, pero no introducía cambios sustanciales. Su programa, como el de ellos, rechazaba toda "ruptura", la opción por la que se luchaba en los movimientos populares. La diferencia entre Arias y los tecnócratas estaba en que el aperturismo proyectado se basaba en la modificación de las Leyes Fundamentales no por vía de reforma, como en el plan del Opus, sino por vía de interpretación. Al igual que la "Operación Lolita", el "Espíritu del 12 de octubre" de Arias Navarro consistía en "vestir el muñeco" del franquismo con un nuevo traje, sin cambiar su esencia. Para poner su plan en marcha, el 16 de diciembre de 1974, Arias aprobó el Estatuto de las Asociaciones Políticas, de tan escaso alcance que pareció ridículo incluso a los propios franquistas.

Con "Operación Lolita" o sin ella, fuera como fuera, el Régimen pudo recomponer la situación política sin excesivos problemas después de la muerte de Carrero. Lo que no quiere decir que, en un primer momento, no supusiera en efecto un momento especialmente peligroso, por el vacío momentáneo de poder que suponía,

para su estabilidad. Así lo creyeron, entre otros muchos, Trevijano y Don Juan, que vieron entonces una oportunidad, apoyándose en la oposición democrática, para provocar la ruptura con el fin particular, en el caso del conde de Barcelona, de recuperar la corona que había perdido su padre y ahora le quería arrebatar su hijo.

Esta vez fue Trevijano el que llamó a Don Juan, y no al revés, nada más tener noticias de lo que había ocurrido. Y le organizó en París, en el Hotel Meurice, una entrevista con todos los exiliados, con los intelectuales, con la gente de Ruedo Ibérico... La idea era que Don Juan hiciera unas declaraciones al periódico francés Le Monde, la biblia del progresismo europeo, manifestándose en contra de todo lo que significaba la dictadura. Naturalmente, eran fruto de la creatividad de Trevijano, y se resumían en 12 puntos clave, que incluían la amnistía, la legalización de todos los partidos políticos, un referéndum para decidir si se quería monarquía o república, el reconocimiento de los derechos de las distintas naciones del Estado, el completo establecimiento de las libertades y derechos civiles, la libertad sindical y de prensa, la independencia del poder judicial y la separación entre la Iglesia y el Estado. Tras las declaraciones, los distintos partidos y grupos de la oposición irían sumándose en cadena, apoyándolas, para crear una situación irreversible de ruptura con el Régimen. Todos aceptaron el proyecto. Don Juan se hizo demócrata para la ocasión y también accedió. La publicación estaba prevista para el día 28 de junio.

Pero cuando ya estaba todo listo, la intervención de Juan Carlos y la de los consejeros tradicionales de Don Juan estropeó el asunto en el último momento. Pese a que estaba claro que la iniciativa suponía la ruptura, al tiempo que con Franco, con su hijo, Don Juan tuvo la ocurrencia de consultarlo con él, en una entrevista en Palma de Mallorca, a donde había ido a reparar su barco. Prueba de que no veía tan mal cosa después de la muerte de Carrero como Fernández Miranda y los otros, el príncipe hizo todo lo que pudo por quitarle la idea de la cabeza. Por otra parte, los consejeros del conde insistieron en que la Restauración sólo se podía hacer con el apoyo del Ejército, y que aquello iba a suponer el fin de la monarquía, cuestión en la que, probablemente, tenían toda la razón. Y al fin, ya muy cerca del día 28, en la segunda quincena de junio, el secretario de Don Juan llamó a Trevijano para decirle que se suspendían las declaraciones. Don Juan no se atrevía, decía que estaba abandonado por todo el mundo, que no contaba ni con el

apoyo familiar ni con el de los monárquicos, que el único que creía en él era el propio Trevijano...

Sin darse por vencido, Trevijano no tuvo más remedio que continuar adelante sin él. Transformó el texto de las respuestas de Don Juan en los doce puntos de la declaración programática de la Junta Democrática, una nueva plataforma que agrupaba varios sectores de la oposición, que se reunió por primera vez el 25 de julio de 1974 en el Hotel Intercontinental de París.

Este sí fue el final definitivo de Don Juan. Este, siempre con un poco de retraso para darse cuenta de las cosas, todavía en julio del 75 hacía declaraciones de corte liberal, como si aún estuviera a tiempo de algo: "Concibo la monarquía como garantía de los derechos del hombre y sus libertades...". Cuando las hizo, se le prohibió poner los pies en España y Juan Carlos tuvo que pedir disculpas, deplorando sus palabras ante Franco, que le dijo: "No se preocupe. Otras veces hemos superado circunstancias parecidas". El príncipe, emocionado, le abrazó efusivamente.

Suresnes y otros desmanes de la oposición

Más inquietante todavía que la muerte de Carrero, que al fin y al cabo resultó sustituible, fue para el Régimen el estallido de la Revolución de los Claveles, en abril del 74, en el vecino Estado portugués. Y no sólo para los españoles residentes allí, que vieron como los radicales incendiaban la residencia del embajador. Aquello podía resultar contagioso.

Después la cosa no resultó para tanto. Los principios revolucionarios iniciales fueron traicionados y, poco a poco, se fue calmando y retrocediendo la situación, hasta situarse dentro de los parámetros de las democracias europeas. En la comunidad de exiliados aristocráticos de Estoril, algunos habían huido al extranjero a toda velocidad, preocupados, sobre todo, por sus propiedades. Pero otros no sólo se quedaron, sino que aprovecharon la situación para comprar barato a los que salían corriendo. Como el duque de Braganza, pretendiente a la Corona lusa, que se hizo con una finca y un palacio romántico en Sintra, que hoy valen 30 veces más de lo que le costaron. Don Juan también se quedó y, muy digno, dijo: "Le debo tanto a Portugal, que prefiero la inseguridad y el riesgo antes que dañarle en lo más mínimo". En realidad, Mário Soares

Aragón, de las Dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Menorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, del Algarve, de Algeciras, de Gibraltar, de las Islas Canarias, de las Indias Orientales y Occidentales, de las Islas y tierra firme del Mar Oceánico; archiduque de Austria; duque de Borgoña, de Brabante, de Milán, de Atenas y de Neopatria; conde de Habsburgo, de Flandes, del Tirol, de Barcelona, de Goceano, y del Rosellón y la Cerdaña; señor de Vizcaya y de Molina; y marqués de Oristán.

Todo esto era Juan Carlos sin que su padre, que ya no se sabía si seguía o no siendo conde de Barcelona, hubiera abdicado. Desde luego, Don Juan no vino a la coronación de su hijo. Continuó viviendo en Estoril y, a partir del 75, cuando viajaba a Madrid por alguna razón, prefería hospedarse en casas de amigos y no en La Zarzuela. Sólo años después, en 1982, se decidió a instalarse definitivamente en España, en una casa en el barrio residencial Puerta de Hierro de la capital del Estado, que también llamó Giralda, aunque todavía mantuvo su residencia en Estoril algún tiempo.

Reinventar la monarquía

Tras la transmisión de poderes, para poder dar los primeros pasos, el equipo del rey seguía necesitando como el aire que respiraba –quizás más que nunca- encuestas y estudios de prospección que les dijeran por dónde podían tirar. Había que reinventar la monarquía para ponerla en marcha. Juan Carlos le explicó a Santiago Carrillo en una ocasión que durante veinte años había tenido que "hacer el idiota, lo que no es fácil". No se refería a que hubiera fingido a propósito ser un mal estudiante ni nada parecido, sino a que se había visto obligado a dar a entender que estaba con el Régimen, y lo cierto es que lo había hecho tan bien que todo el mundo había creído que en verdad era un fascista. Ahora había que rectificar. Pero si, como decía, no le había resultado fácil hacer el idiota, mucho menos iba a ser a estas alturas convencer a España de que no lo era.

No había ninguna certeza de que el pueblo fuera a aceptar sin más ni más la monarquía. Pero las encuestas no sólo servían para valorar cómo estaba la situación, sino también para modificar las circunstancias. Los reyes tenían que comportarse de acuerdo con

los deseos de la opinión pública. Todas sus actividades oficiales y privadas iban a programarse en función de ello. Y para lograrlo, en La Zarzuela contaban con un equipo de sociólogos que trabajaron muy estrechamente con la Secretaría General. En él estuvieron Jorge Miquel, del Instituto Gallup, y Juan Díez Nicolás, que tuvo varias empresas de sondeos de opinión y fue un precursor de estas técnicas aplicadas a la política. Mes a mes se tomaba una muestra de opinión para examinar cómo iba evolucionando la valoración de la institución, en función de los acontecimientos de la Transición.

En este contexto tuvo también una especial relevancia Godsa (Gabinete de Orientación y Documentación S.A.). En la Comisión de Estudios, uno de sus departamentos, los técnicos preparaban, entre otras cosas, informes de temas de interés y entrevistas a políticos para entregar luego a la prensa, sin tener que contar ni con el político, ni mucho menos con el periodista que luego la firmaría. Pero la tarea de Godsa no se quedaba en mero "trabajo intelectual". Iba mucho más allá. "Godsa político-militar", como le han llamado algunos, era un invento de Fraga en su época de "la calle es mía" como ministro de la Gobernación. Y su función primordial era luchar, en una especie de continuación de la "Operación Lucero", contra los riesgos que se cernían sobre la monarquía parlamentaria de primera fase: fundamentalmente, el terrorismo, el separatismo y el republicanismo. Aglutinaba a un selecto grupo de políticos, juristas e intelectuales; pero, sobre todo, contaba con militares vinculados a los servicios de inteligencia del Alto Estado Mayor y del SECED (entre otros, Javier Calderón, que más tarde sería director general del CESID, y José Cortina, mando del CESID implicado en el 23 F en 1981). La vida oficial de Godsa fue breve. Cuando se nombró presidente a Suárez, desapareció formalmente, aunque continuó en la práctica, convirtiéndose en el embrión de Reforma Democrática, el primer partido de Fraga, con el que luego se integraría en Alianza Popular. Los militares acabarían la mayoría destinados en el CESID.

Aparte de todos estos apoyos políticos oficiosos, la monarquía de Juan Carlos desarrolló su política oficial en los primeros tiempos a través de un Gobierno presidido por Arias Navarro. La "Operación Lolita" del Opus había previsto que fuera Torcuato Fernández Miranda el que ocupase este puesto. Lo necesitaban para poder colocarse ellos en los puestos de poder. Pero fue el propio Torcuato el que lo echó por tierra. El 27 de noviembre ya lo tenía claro.

Cuando se reunió con la gente de la Operación, que insistía en que tenía que ser presidente, Torcuato se escudó en el rey: "Yo, lo que el rey quiera". Aunque ellos le decían: "Es que el rey hará lo que tú digas". Lo que pasaba era que a Torcuato se le había ocurrido sobre la marcha un plan mucho mejor que la "Operación Lolita", para el que tenía que mantener provisionalmente a Arias. Él sería, mientras tanto, el presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, cuyo puesto quedaba en ese momento vacante. Desde ahí podría maniobrar para poner en marcha su programa de reformas. Después –ya lo veremos-, haría todo lo posible para sustituir a Arias por algo más que un hombre de confianza suyo, por alguien dispuesto a seguir sus instrucciones. De este modo, él lo controlaba todo y no necesitaba a nadie más de su antiguo equipo.

Como, en efecto, Juan Carlos hacía lo que Torcuato le decía, Carlos Arias mantuvo su puesto y Torcuato Fernández Miranda accedió a los que quería el día 2 de diciembre de 1975. En el acto de toma de posesión del nuevo Gobierno, Carlos Arias afirmó que seguía "perseverando en el Espíritu del 12 de febrero". Pero el organismo que iba a llevar la iniciativa sería el constituido el 31 de enero del 76, una comisión mixta del Gobierno y el Consejo del Reino de Torcuato. El cometido de esta comisión era estudiar propuestas sobre el programa de reformas, y las bases para la modificación de las Leyes Fundamentales. En ella comenzaron a trabajar sobre los trabalenguas de la Transición: "Los principios fundamentales del Movimiento son inmutables pero no irreformables", "hay que hacer la reforma sin reformar los principios", "una reforma dentro de la continuidad", "una reforma sin aire revisionista", etc.

Lo importante era calcular cómo impedir que la derecha perdiera nunca el poder. Y las dificultades se materializaban en problemas de orden público, en una oleada sin tregua del movimiento obrero y la oposición de izquierdas por hacerse oír, que había comenzando el 6 de enero con una huelga en el Metro de Madrid y continuado el 12 con otra, esta vez general, también en Madrid, con más de 100.000 personas secundando el paro (del metal, funcionarios de Correos, empleados de Telefónica...). En general, las reivindicaciones consistían en la petición de aumentos salariales, 30 días de vacaciones al año, jornada laboral de 40 horas... Las asambleas se celebraban con frecuencia en iglesias. El sindicato vertical de Franco había saltado hecho añicos y se había puesto de manifiesto que existía un sindicalismo paralelo perfectamente organizado, con claros objetivos políticos, no sólo laborales.

La idea de la evolución del sistema de Torcuato era que había que "integrar" a la izquierda sin potenciarla. Y calculaba que sólo se integraría si se sabía débil. El mecanismo para llegar a una cosa después de la otra, era la represión pura y dura. El 6 de febrero se dictó la Ley Antiterrorista. El 3 de marzo, la Policía abrió fuego contra una manifestación obrera en Vitoria, matando a cuatro manifestantes e hiriendo a muchos otros.

Estaba precisamente Adolfo Suárez como ministro interino de la Gobernación en aquel momento, sustituyendo a Fraga, de viaje en Alemania. Alrededor de las 5 de la tarde se había celebrado una gigantesca asamblea de huelguistas en una parroquia en las afueras de Gasteiz. La Policía lanzó botes de humo en el interior de la iglesia para forzar la salida. Pero fuera también había manifestantes, concentrados en gran número. La Policía no dudó en hacer uso de armas de fuego contra ellos. Aun así, tuvieron que pedir contingentes de refuerzo a Burgos, Logroño, Donostia e Iruña para "apaciguar" la situación. El 5 de marzo se celebraba en Gasteiz el funeral por los muertos, con una nueva manifestación masiva. El rey siguió todos los acontecimientos de cerca: "Noche dura la de anteayer, Alfonso ¿Estuvo Suárez tan bien como dicen?", le preguntó a Alfonso Osorio, quien, naturalmente, le confirmó que el ministro interino había estado estupendo. Por primera vez el rey fijó su mirada en Suárez.

Por su parte, la oposición de izquierdas seguía luchando por la ruptura. Aunque tanto los líderes del PCE como los del PSOE, entre otros, habían pactado ya con la Corona una especie de rendición a cambio de ciertas cotas de poder, todavía no habían podido controlar a su militancia de base, que nada sabía de las conversaciones secretas ni de los compromisos que habían adquirido. Haciendo un paripé indecente, se sumaron a los demás en la Coordinación Democrática, más conocida como "Platajunta". La coordinadora unía en una sola organización, la Junta Democrática (en la que estaban el PCE y otros partidos, la mayoría a su izquierda), y la Plataforma de Convergencia Democrática (con el PSOE como epicentro). El 29 de marzo se reunieron en el despacho de Antonio García Trevijano, apasionado impulsor de la Platajunta, representantes de todos los grupos: Comisiones Obreras, Movimiento Comunista, Partido Carlista, Partido Comunista, Partido Socialista Demócrata, Partido Socialista Obrero Español,

Partido Socialista Popular, Partido del Trabajo y Unión General de Trabajadores. Y al finalizar, entregaron a la prensa un documento que se podría resumir en una idea básica: "Coordinación Democrática se opone a la continuidad del Régimen". Solicitaba la inmediata liberación de los presos y detenidos políticos, sin exclusión, el retorno de los exiliados, plena libertad sindical, derechos y libertades políticas de las distintas nacionalidades, apertura de un periodo constituyente... Y el manifiesto lo firmaron todos los grupos asistentes, excepto los democristianos de Joaquín Ruiz-Giménez.

La Policía hizo acto de presencia en el despacho de Trevijano y detuvo allí mismo a los reunidos. Pero no todos recibieron el mismo trato. Raúl Morodo y Javier Solana (el de la OTAN), por ejemplo, dos de los aprehendidos aquel día, tuvieron buenos padrinos para conseguir salir a la calle de inmediato. Íñigo Cavero, Fernando Alvarez de Miranda y otros ministros se interesaron por ellos y fueron puestos en libertad. Quedaron detenidos, en cambio, Marcelino Camacho, Nazario Aguado, José Álvarez Dorronsoro y Antonio García Trevijano. Trevijano, Tono para sus amigos, había acertado cuando en aquella ocasión, hacía ya más de 10 años, se lo había adelantado al entonces príncipe Juan Carlos. El primer Gobierno del rey lo había llevado a prisión en sólo cuatro meses desde la coronación. Juan Carlos, compungido, le mandó un recado a Carabanchel a través de un emisario: "¡Hay que ver, Tono, que estoy de rey y no puedo hacer nada!".

El 4 de abril se intentó en Madrid una manifestación pro amnistía, que Fraga prohibió terminantemente. Aun así, salió a la calle y, sorprendentemente, el PCE fue uno de los grupos convocantes. Claro que eso facilitó a la Policía la detención de los comunistas que consideraba más peligrosos, con la idea de dejarlos encerrados al menos hasta el 1 de mayo, en previsión de las movilizaciones que se podrían organizar ese día. De este modo consiguieron que el día de los trabajadores se registrara una "baja conflictividad", en gran medida gracias al PCE, que buscaba la respetabilidad para incorporarse de pleno en la transición pactada.

En el ámbito del nacionalismo vasco, sin embargo, los problemas no remitían. El 5 de abril se produjo una fuga masiva de presos políticos de la cárcel de Segovia. Aunque la mayor parte fueron detenidos al día siguiente, la reacción represiva no se hizo esperar. El día 18 la Policía abatía a tiros a dos militantes de ETA, el 25 a

uno más y, en menos de 40 días, se produjeron 140 detenciones.

Otro acontecimiento importante en este periodo fue el de Montejurra, el 9 de mayo, también con Suárez de ministro interino (de nuevo sustituyendo a Fraga, esta vez en Venezuela). Se trataba de un acto de un sector de los carlistas, los de Carlos Hugo, que apoyaban la ruptura desde una postura nacionalista. El suceso se quiso presentar como un enfrentamiento entre ésta y otra sección carlista, la que apoyaba a otro Borbón, Sixto. Pero en realidad eran miembros de la ultraderecha los que, apostados en una ladera, dispararon sobre la multitud que ascendía hacia el monasterio de Iratxe, ya cerca de la cumbre de Montejurra. Hubo un muerto y varios heridos, pero José Luis Marín García-Verde, más conocido como "el hombre de la gabardina", que fue fotografiado allí mismo con la pistola en la mano, nunca fue juzgado. Hoy vive como jubilado en Huelva. Fue una llamada de atención a los que se querían salir del redil, del camino que iba marcando la Transición. Y el modo en que se resolvió, sin que más sangre llegase al río, pacíficamente y sin histerias vengativas, un mérito más para que Suárez apuntase en su historial, cara a un futuro ascenso que no tardaría en llegar.

El problema con Arias

El 26 de enero de 1976 se había prorrogado la legislatura de las Cortes hasta el 30 de junio del 77. No había entonces prisas todavía por hacer cambios, tampoco en el Gobierno de Arias. Los primeros meses de Arias eran útiles porque permitían ganar tiempo sin crear excesivas tensiones, e hicieron posible desplegar los mecanismos necesarios para el control de las instituciones. En el gabinete de Arias estaban representados los que se consideraba "reformistas", como Manuel Fraga y Antonio Garrigues Díaz-Cañabate; Alfonso Osorio y José María de Areilza eran, además, monárquicos; y también hombres fieles a los Principios del Movimiento, como Adolfo Suárez, que era su secretario general.

Suárez era ya en aquel momento, además, un hombre de Torcuato Fernández Miranda, y jugaba en su favor, manteniéndole al tanto de todo lo que pasaba en el seno del Gobierno, de los comentarios y actitudes de Arias. Gracias a él, en La Zarzuela tenían noticia puntual de todas las frases fuera de tono que pronuncia-

sin dejar que adivinasen que Suárez iba a ser el elegido. Pero lo de la terna era, al fin y al cabo, una pura formalidad heredada de Franco, que solía dictar los nombres que quería que estuviesen en ella sin mayores problemas. Lo mismo podría haber hecho el rey, sin duda, sin que Torcuato hubiera tenido que esforzarse tanto por mantener la intriga hasta el último momento.

CAPÍTULO 10

EL GOBIERNO DE SU MAJESTAD

—

La Reforma de Torcuato

Cuando Suárez fue incluido en la terna, se le tomó por un relleno insignificante, casi como un gesto protocolario para que los falangistas estuvieran representados, siendo Suárez el sustituto de su candidato natural, Alejandro Rodríguez Valcárcel. Los otros dos que le acompañaban en la lista parecían tener muchas más posibilidades de salir elegidos. Federico Silva Muñoz y Gregorio López Bravo, los dos de posiciones continuistas, con una larga experiencia en política, significaban la garantía de la supervivencia del Régimen. Torcuato había salido del Consejo del Reino con la terna en la mano, sin desvelar ninguno de los tres nombres, y diciendo: "Estoy en condiciones de ofrecer al rey lo que me ha pedido". Todos pensaron en Areilza, que era el más monárquico de los ministros. Pero el 3 de julio del 76 Televisión Española daba la noticia de la designación de Adolfo Suárez, dejando a todo el país boquiabierto.

Para su primer Gobierno, Suárez nombró a Alfonso Osorio vicepresidente. Era del clan, había colaborado en el nombramiento del nuevo presidente y esto era lo que le correspondía, en cumpli-

miento del pacto que habían hecho. Pero luego se encontró con problemas para poder completar la lista. Fraga, muy cabreado por no haber sido él el elegido por el rey, anunció que se iba del Gobierno. Le seguirían José María de Areilza y Antonio Garrigues, entre otros, y luego muchos más no aceptarían ocupar sus puestos. No había sido intención del rey y Torcuato apartarlos del Gobierno. Los necesitaban. Mondéjar fue enviado a casa de Manuel Fraga para tratar de convencerle de que continuara. Pero Fraga no cedió. Al final, no tenían a casi nadie y tuvieron que escoger a gran parte de los ministros entre los hombres democristianos del grupo "Tácito" (la antigua Asociación Católica Nacional de Propagandistas), que facilitó Alfonso Osorio, aunque eran jóvenes perfectamente desconocidos. Sin embargo, algunos de ellos, como Rodolfo Martín Villa, elegido para ministro de la Gobernación, se harían famosos enseguida. Era el primer Gobierno verdaderamente de Su Majestad.

El plan de acción que ese Gobierno iba a tener que seguir ya estaba perfectamente diseñado por Torcuato. Los primeros pasos eran aprobar la reforma del Código Penal para empezar a legalizar partidos, abordar una amnistía política simbólica, elaborar una ley de reforma y organizar un gabinete especial para asesorar al Gobierno, sobre todo en política económica, siguiendo la línea iniciada en la etapa anterior para "reinventar" la monarquía.

Empezando por esto último, Alfonso Osorio creó la Dirección General de Prospectiva, al parecer a iniciativa de la reina, muy interesada en este tipo de estudios. El primer director fue Jesús Moneo, que había sido propuesto por Nicolás Mondéjar.

Con respecto a la oposición, el Gobierno tenía claro al menos tres cosas: que no iba a convocar un referéndum para darle la oportunidad de que se votase a favor de la república; que la reforma de las Leyes Fundamentales la iban a hacer ellos solos, a su manera (en el Consejo de Ministros del 24 de agosto tomaron la decisión de declarar materia reservada todos los asuntos y documentos relacionados con la reforma política); y que las elecciones generales tendrían que producirse dentro de un sistema de representación proporcional.

En el mes de agosto, comenzaron los contactos con la oposición para ver cómo habría que ajustar la ley para legalizar lo que estaban dispuestos a dar. Pero siempre con conversaciones a nivel individual, por separado con cada líder político, sin que el Gobierno

aceptase una negociación colectiva, que era lo que proponía la Platajunta.

Aparte de las del Gobierno, hubo reuniones desde ese mismo mes de Joaquín Garrigues-Walker, representante de la Trilateral en España, con distintos líderes de la oposición, para ir tanteando. Se celebraban en su casa de Aravaca y, entre otros, habló con Raúl Morodo, Miquel Roca, Joan Raventós, Alejandro Rojas-Marcos, Antonio García Trevijano, Francisco Fernández Ordóñez, José Mario Armero...

Por su parte, Suárez se trabajaba fundamentalmente al PSOE que, después de sus primeros contactos con el entorno del príncipe antes de la muerte de Franco, ya estaba de rebajas, en la *junk politic* (política basura, de inspiración yanqui). El día 10 de agosto se entrevistó en secreto con Felipe González, en casa de Fernando Abril Martorell, el ministro de Agricultura que ya era la mano derecha del presidente; y, de nuevo, el 2 de septiembre. En esas reuniones Felipe González se mostró dispuesto a reconocer la monarquía a cambio de ciertos compromisos de apoyo al PSOE, en detrimento del Partido Comunista. Eso sí, anunciaba que, cara al exterior, seguirían defendiendo la república como forma política del Estado, en una actitud testimonial, porque no podían hacer otra cosa frente a su militancia, por el momento. Al mismo tiempo, otros dirigentes del PSOE (los hermanos Solana, Enrique Múgica y Luis Gómez Llorente) maniobraban para presionar al entonces ministro del Interior, Rodolfo Martín Villa, a fin de que no legalizara al PCE, al que veían como fuerte competidor.

El 8 de septiembre, Suárez convocó a los capitanes generales y a la cúpula militar para explicarles los planes de reforma, con el proyecto de ley ya en la mano, y para hablarles de la legalización de los partidos. Supuestamente, en este último punto ya se incluía al PCE, y el presidente tenía que explicárselo y convencerlos de que no pasaba nada. Pero aquí hay versiones discrepantes. Suárez aseguró después, en los momentos previos a que la legalización se hiciera efectiva, que sí se había tratado el tema y que a los militares les había parecido bien. Según la versión de Armada, sin embargo, cuando un alto mando militar le preguntó si se iba a legalizar el Partido Comunista, la respuesta de Suárez fue que, con los estatutos que en aquel momento tenía el partido, era imposible su legalización, y con esa respuesta se sintieron aliviados. Esta versión es más coherente con lo que se sabe de los acuerdos a los que Suárez

había llegado días antes con los socialistas, y con lo que se podía esperar de los militares. Tiene por eso más visos de ser la verdadera. Como quiera que fuese, el presidente tuvo un gran éxito personal, lo cual era bastante extraordinario, ya que muchos de aquellos militares habían acudido a la cita dispuestos a dar guerra. Les explicó tan bien las cosas, que un coronel acabó jaleando a Suárez con un "¡Viva la madre que te parió!".

Dos días después, el Consejo de Ministros aprobaba el texto definitivo del Proyecto de Ley para la Reforma Política, cuya redacción se atribuye a Torcuato Fernández Miranda. Con ella, el rey conseguiría desembarazarse de las Leyes Fundamentales a las que había jurado fidelidad en 1969. Pero antes, había que conseguir que la aprobasen las Cortes de Franco, teniendo en cuenta que iba a suponer su disolución.

El viejo profesor de Juan Carlos trabajó incesantemente, intrigando con unos y con otros para conseguir sus votos, negociando con ellos casi uno por uno. Y fue consiguiendo los de los que necesitaba, alentados por la esperanza de conservar un lugar de privilegio en el nuevo sistema de poder que se estaba estableciendo. Fue difícil, pero no tanto como podría parecer a primera vista. Al fin y al cabo, todos sabían que si las Cortes hacían fracasar el proyecto del Gobierno con una votación negativa, el rey y el Consejo del Reino podrían suspender la prórroga aprobada en enero de 1976, cuando todavía era Arias presidente, y disolverlas inmediatamente. Y otro tanto si después del debate se introducían más enmiendas de las deseadas. Fernández Miranda ya lo había advertido claramente en una entrevista publicada en la prensa, como amenaza para apuntalar los votos de los despistados. Todo estaba atado y bien atado. No hubo pues sorpresas cuando el 18 de noviembre del 76 se aprobó la ley con una única enmienda.

El siguiente trámite, imprescindible para poder modificar las Leyes Fundamentales e ir "de ley a ley", como quería Torcuato, era que el pueblo español la confirmase en referéndum. Esto era un "más difícil todavía", que iba a requerir un trabajo mucho más serio y delicado. Se fijó como fecha el 15 de diciembre y se pusieron en marcha.

En primer lugar, había que mantener a la oposición democrática en silencio. El ministro de la Gobernación, Rodolfo Martín Villa, comenzó por reunirse con gobernadores civiles, y luego les envió una circular: "En el orden público se actuará con prudencia en

cuanto se refiera al campo de las ideas, pero se impedirá, en todo caso, y con la máxima energía, cuanto atente a la unidad de España, a la forma monárquica del Estado o a las Fuerzas Armadas".

La intervención del carismático Adolfo Suárez en televisión el mismo día que el proyecto de Ley había sido aprobado por el Consejo de Ministros, en septiembre, y la subsiguiente campaña en la prensa ya habían conseguido que más de la mitad de la población considerara satisfactorios sus contenidos. Era cuestión de seguir insistiendo.

Pero la actitud que eligieron mantener públicamente los "amigos" del PSOE iba a suponer un importante trastorno. Sin atreverse a defraudar a sus bases públicamente tan pronto, el Partido Socialista llevó a cabo una verosímil campaña por la abstención. La abstención, y no el rechazo directo, fue todo lo que el Gobierno de Suárez consiguió arrancarles. A Luis Solana lo detuvo la Guardia Civil en Majadahonda, junto con Rodríguez Colorado (que al pasar de los años acabaría siendo director general de la Policía y se vería salpicado por el escándalo de los fondos reservados), pegando carteles que decían: "Sin libertad, abstenerse". Su mujer, Cuca, tuvo que hablar con Manolo Prado para que se lo dijera al rey, que estaba en Palma, en Marivent, y llamó a casa para interesarse.

En un deliberado juego de ambigüedades, ya muy cerca del referéndum, entre el 5 y el 8 de diciembre, el PSOE celebró el primer congreso en el interior de España desde la República, con la autorización implícita del Gobierno, en un hotel de lujo de Madrid. Contó con la presencia de importantes figuras del socialismo mundial (Willy Brandt, François Mitterrand, Olof Palme, Michael Foot), y algunos fueron recibidos por Suárez y por el rey. Aunque en las conclusiones del congreso se seguía manteniendo la recomendación de la abstención activa en el referéndum, en el discurso de inauguración Felipe González afirmó: "El PSOE está dispuesto a negociar con el Gobierno el proceso de tránsito a la democracia...". Y en la conferencia de prensa posterior dijo: "No vamos a hacer toda nuestra lucha en función de la legalidad del Partido Comunista". Ya se iniciaba el trabajo de desgaste y disolución del PC para integrarlo en otro grupo socialdemócrata del propio PSOE, labor que continúa en la actualidad con lo que queda del naufragio reformista.

Con todo, sin duda el momento estrella de la convención fue la

aparición de un joven espontáneo con una enorme bandera republicana, que arrancó gritos incontenibles de "España, mañana, será republicana" entre los asistentes. Los propios líderes del PSOE lo sacaron de allí como pudieron y empezaron a cantar la Internacional, al mejor estilo de los coros y danzas del franquismo, para acallar el vocerío. Espectáculo político y catarsis, los que quisieran; cambio político y cuestionar al rey, no estaban en los planes de los dirigentes socialistas.

Al cabo de todos los problemas y dificultades, sin embargo, el Gobierno y el rey pudieron respirar tranquilos al fin cuando, el 15 de diciembre, ganaron el referéndum con un amplio número de votos afirmativos. Curiosamente, la Ley para la Reforma Política se publicaría en el BOE, pocos días después, como la "Octava Ley Fundamental".

La legalización del PCE

A comienzos del año siguiente, el proceso de Transición entró en una nueva etapa. La sucesión del Régimen franquista había sido iniciada mientras Kissinger estaba en el poder yanqui de Asuntos Exteriores, y tanto el Gobierno de Arias Navarro como el de Suárez, en sus primeros cinco meses de vida, se ajustaron a sus directrices a la perfección. Sólo se pretendía un cambio político muy limitado en cuanto al fondo y las formas. Pero inaugurada la Administración Carter, en enero de 1977, el postfranquismo se readaptó de inmediato. Supuso fundamentalmente una aceleración del ritmo, en cuanto a la legalización de los grupos políticos y sindicatos que aceptaban el cambio programado, y el reconocimiento de las autonomías como "apagafuegos" de los conflictos nacionalistas. Todo, siguiendo un modelo ya probado antes, en la Europa de la guerra fría, tras la segunda Guerra Mundial, que limitaba el arco de posibilidades políticas. El nuevo sistema español iba a dejar fuera fundamentalmente a los exponentes republicanos y a los nacionalistas de izquierdas vascos, gallegos y catalanes. No se les reconocerán algunos de sus derechos políticos hasta que, mucho después de las primeras elecciones, el espacio electoral y el Parlamento estuvieron ocupados por los comprometidos con la reforma pactada.

Hasta diciembre de 1976, Suárez no dio un solo paso sin consultarlo previamente con Torcuato. Pero a partir de aquí, comenzaron a

surgir desavenencias entre ellos. También entre Armada y el presidente. Ninguno de los dos amigos del rey estaba de acuerdo con la aceleración que estaba imponiendo Suárez. Pero no se trataba de un capricho, sino de una imposición de fuera, y el rey Juan Carlos sí estuvo conforme y lo apoyó en todo. Uno de los primeros movimientos complicados cuya responsabilidad tendría que asumir el presidente, fue la legalización del PCE. Los acontecimientos en la calle ayudaron a que la decisión se tomara con prontitud.

Enero fue un mes de movilizaciones y conflictos. El día 23 moría asesinado por el pistolero de la extrema derecha, Jorge Cesarsky, el joven Arturo Ruiz en una manifestación en Madrid. Al día siguiente, en un acto de protesta, resultaba gravemente herida la joven universitaria Mari Luz Nájera por el impacto de un bote de humo, para acabar falleciendo. De forma simultánea a las manifestaciones callejeras, distintos grupos de lucha armada activos en aquel momento, ETA y GRAPO, encadenaban una acción con otra. Ya estaba secuestrado por el GRAPO Antonio María Oriol, ex presidente del Consejo del Reino, cuando, el mismo día 24, fue secuestrado también el teniente general Emilio Villaescusa. Pero la gota que colmó el vaso fue la acción de un grupo de pistoleros de extrema derecha dependiente del golpista del 23-F García Carrés, presidente entonces del sindicato vertical franquista de Transportes, que ese mismo día por la noche asaltó un despacho de abogados laboralistas en la calle de Atocha, abatiendo a tiros a cinco miembros del Partido Comunista y de Comisiones Obreras. El funeral de las víctimas constituyó el primer acto masivo del todavía clandestino Partido Comunista. Y la tensión del rey se elevó a tales niveles de riesgo que puso en peligro su escasa salud "coronaria".

Los contactos del Gobierno con el embajador de Estados Unidos, Wells Stabler, se intensificaron para tratar la situación. Suárez repetía a sus colaboradores, interrogándose a sí mismo en voz alta: "Y si los comunistas ocupan un día la calle, no pacíficamente como en el entierro de Atocha, ¿qué hacemos? ¿Les disolvemos por la violencia?; y si insisten ¿les ametrallamos?; y si se presentan masivamente en las comisarías alardeando de su militancia, ¿les detenemos a todos?". Había que decidirse ya y acabó planteando la legalización del PCE abiertamente.

Como vimos, a primeros de septiembre se había reunido con el Consejo Superior del Ejército para explicarles la reforma política. Y Suárez se apoyó en el éxito de aquel encuentro para argumentar que

nía de Perote y Conde.

El informe de Perote circuló por los canales previstos hasta que llegó a Moncloa y provocó la ira en Felipe González. Era lo que quería Perote para preparar el terreno. Felipe tenía que saber la dimensión de lo que tenían para avenirse a pactar algo. Al principio, González quiso solucionarlo por la vía expeditiva. El general Santiago Bastos, jefe de la División de Interior del CESID, llamó a Perote con amenazas más o menos explícitas. Pero entonces intervino el rey para que Felipe González recibiera a Santaella, el abogado que habían designado Conde y Perote, para que llevase el asunto y negociara con él. El propio González lo reconocería implícitamente poco más tarde, cuando, para justificar su reunión con Jesús Santaella, dijo: "Yo creía que era interesante desde el punto de vista de la seguridad del Estado haber hecho esta reunión. No sólo lo creí yo, sino también personas a las que tengo mucho respeto" ("personas", en plural).

La reunión con Santaella, en Moncloa, tuvo lugar el 23 de junio de 1995. Pero la negociación no fue bien. Felipe González no podía o no quería hacer nada por sus subordinados. Alguien iba a tener que pagar el pato y, desde luego, no iba a ser él. En septiembre se dieron por rotas las negociaciones con Moncloa y enseguida se volvieron a utilizar otros métodos más resueltos y vivaces.

El País publicó ese mes que Mario Conde y Juan Alberto Perote habían pretendido chantajear al Gobierno y al rey con información reservada que el ex agente había robado del CESID. Se trataba de intentar neutralizar el potencial de la documentación que podría meterlos a todos en la cárcel, convirtiéndola en ilegal. El coronel Perote ingresó en prisión ese mismo mes, el día 29 (dos años después, en julio de 1997, el Tribunal Central Militar acabaría condenándole a siete años de prisión por revelar secretos militares). Pero otro de los objetivos de González, no menos importante, era presentar las investigaciones en torno a la trama GAL como una conjura para acabar con el Gobierno... y la monarquía. De paso, se hacía una velada advertencia al monarca -y a todo aquel que pudiera estar interesado en seguir adelante con el tema-, ya que también él, el mismísimo rey, era susceptible de ser chantajeado con los papeles del CESID, lo que daba a entender que estaba involucrado en la trama. Si caía Felipe, caería también la monarquía.

Poco después, el 10 de noviembre, esta vez a través de Diario 16, se lanzaría una nueva historia de "Chantaje al rey", por parte de

Javier de la Rosa y, de nuevo, Mario Conde, en una segunda entrega de lo que interpretaban como una conspiración para derribar al Gobierno y a la monarquía, ahora relacionada con escándalos económicos.

El tema de los papeles del CESID siguió coleando varios años. Pero adelantemos ya que, aunque sí acabaron en los medios de comunicación (al menos, una parte importante de ellos), nunca fueron desclasificados para que pudieran ser utilizados como prueba en un juicio.

Los últimos de la fila en el tema GAL no contaron con más ayuda por parte del rey que algún que otro gesto de buena voluntad. Pero otra cosa muy distinta iba a pasar cuando la justicia intentase elevar el listón de las responsabilidades. El rey ya estaba advertido.

El "apagafuegos" real consigue el punto final

Después de la primera ronda de detenciones (Sancristóbal, Álvarez, Planchuelo, Vera, etc), la cosa empezó a complicarse de verdad. El siguiente que podía caer era el ex ministro de Interior, José Barrionuevo, que constituía ya una pieza de caza mayor. El 12 de octubre de 1995, en la recepción en el Palacio Real del Día de la Hispanidad, el rey le cogió del brazo y lo paró interrumpiendo la marcha del besamanos. "Pepe, ¿cómo te encuentras?". Contestó la mujer del ex ministro: "Bien, Majestad, muchas gracias". Barrionuevo estaba ya convencido de que iba a ser procesado y condenado y, en cierto sentido, lo tenía asumido. Pero su círculo familiar, en especial su mujer, Esperanza Huélamo, le presionaba para que no se dejase arrastrar él solo por el fango e involucrase a González; y el presidente ya se sabía lo que estaba dispuesto a hacer. Aquella fue una etapa de grandes gestos y muchas buenas palabras para conseguir evitar que la moral del ex ministro se quebrase. Pero había que hacer más.

Las complicaciones aumentaron cuando, el 3 de marzo de 1996, el Partido Popular ganó las elecciones generales. Aznar ya había pactado antes con Felipe González, en sus conversaciones de otoño del 93 impulsadas por el rey, cuando entre los dos se pusieron de acuerdo para acabar con Mario Conde, un final "pacífico" de los escándalos del PSOE, incluido el tema GAL. Pero habían pasado

muchas cosas desde entonces. Entre otras, la aparición de los papeles del CESID, que el nuevo partido en el Gobierno se había manifestado partidario de entregar a la justicia durante la campaña electoral.

Precisamente, uno de los que habían defendido públicamente tal idea, Rafael Arias-Salgado, era el candidato del PP para ocupar la cartera de Defensa. A primeros de abril ya había comenzado a visitar el ministerio, cuando todavía era titular Gustavo Suárez Pertierra, para ir poniéndose al día al respecto. Por ejemplo, del envío de tropas a Bosnia.

En cuanto se supo, González pasó recado a Juan Carlos por mediación de Adolfo Suárez, quien se reunió con el rey en La Zarzuela el 9 de abril para tratar el tema. Y allí mismo, delante de Suárez, Juan Carlos telefoneó a Aznar para citarlo al día siguiente por la mañana. Aclaremos, por si en vista de tanto tejemaneje se llega a crear confusión, que el rey no tiene autoridad alguna para imponer a un ministro ni vetar a otro. Y recordemos que Aznar llegó al poder con promesas de "regenerar" España después de más de una década de corrupción. Por lo tanto, si el líder del PP aceptó las presiones del monarca, lo hizo por su cuenta y riesgo, aunque a cierto sector de la población le pueda resultar comprensible y hasta aceptable que lo hiciera por salvar a la monarquía de una quema segura y no, desde luego, por echar una mano a Felipe González. El pueblo español ha tenido durante muchos años la dudosa fortuna de contar con este tipo de salvadores de la patria para decidir por él lo que conviene o no defender. Y Juan Carlos ha salido beneficiado de ello en no pocas ocasiones a lo largo de su reinado.

Y, dicho esto, volvamos a la narración de los hechos. Después de su audiencia con el rey en Zarzuela, el mismo día 10 de abril a mediodía, José María Aznar se reunió en Moncloa con Felipe González y Adolfo Suárez. La noticia se filtró a la prensa con bastante ruido, sobre todo porque Leopoldo Calvo Sotelo, como ex presidente, se sintió marginado. Era el único que faltaba en la reunión y el único que no sabía por qué, aunque la prensa no dio explicaciones de lo que hablaron.

Como luego fue quedando claro, Aznar había negociado nombramientos importantes que afectaban a Defensa, Interior y CESID. La cartera de Defensa fue para Eduardo Serra, que ya había sido subsecretario a las órdenes de Narcís Serra en el mismo

ministerio y era, además, un hombre de confianza en La Zarzuela. Jaime Mayor Oreja ocupó, como estaba previsto, el puesto de ministro de Interior. Pero su segundo, el secretario de Estado para la Seguridad, Ricardo Martí Fluxá, procedía de la Casa Real (había sido el jefe de Protocolo). El nuevo director general del CESID, general Javier Calderón, había compartido con Eduardo Serra la dirección de la Fundación de la reina Sofía contra la Droga, en cuyas filas también militaba Martí Fluxá. Y el 2 de agosto, al calor del verano para no llamar la atención, el nuevo Gobierno decidió no desclasificar los papeles del CESID.

Arias Salgado fue compensado con la cartera de Transportes y Comunicaciones donde, en lugar de protagonizar una brillante cruzada contra la guerra sucia, tuvo ocasión de lucirse dando explicaciones, durante la etapa más desastrosa de los aeropuertos españoles, ante hordas de pasajeros que se amotinaban contra las tripulaciones de los vuelos.

Pero en el tema del GAL no se podían echar las campanas al vuelo todavía. El punto álgido iba a ser el juicio del caso Marey, el ciudadano francés secuestrado en Hendaya el 4 de diciembre de 1983 por el GAL... por error.

El juez Garzón estaba fuera de control. En 1996, con su habitual falta de discreción, el monarca, con Julio Anguita y ante una botella de vino de Moriles, expresó como si tal cosa su opinión de que el instructor del principal sumario de los GAL era "un fantasma", con demasiadas ansias de protagonismo y notoriedad. Luego su comentario trascendió y Garzón, muy ofendido, empezó a decir a unos y a otros: "¡Parece mentira! ¡Con los favores que yo le he hecho...!" Inmediatamente, Juan Carlos telefoneó a Garzón para "aclarar" las cosas, pedirle disculpas, certificarle cuánto se le quería en La Zarzuela... Para que, al menos, no empeorasen las cosas.

Como preparación del juicio, en el que estaban encausados el ex ministro del Interior José Barrionuevo y el ex secretario de Estado para la Seguridad Rafael Vera, hubo de todo. Entre otras cosas, la denuncia de una tercera conspiración para derribar al Gobierno y a la monarquía, esta vez centrada en transmitir la idea de que el tema GAL había sido una maquinación periodística. Para ello contaron con la ayuda inestimable de Luis María Ansón, por lo que el episodio fue bautizado popularmente como "la ansonada".

En enero del 98, Ansón concedió una entrevista a un presunto periodista, hermano del ex ministro Juan Alberto Belloch, que sería

publicada en el semanario Tiempo. En ella relataba que Felipe González había sido víctima de una conspiración para acabar con su Gobierno, en la que él mismo había participado junto a un grupo de periodistas de distintos medios de comunicación (entre los que figuraban Pedro J. Ramírez, Antonio Herrero, Pablo Sebastián, Manuel Martín Ferrand y otros). Siguiendo la tradición de los dos intentos de chantaje anteriormente denunciados en la prensa, incluyó también a un personaje de carácter. Si antes los protagonistas habían sido Mario Conde y Javier de la Rosa, esta vez le tocó el turno a Antonio García Trevijano. Y, por supuesto, también en la línea de las anteriores conjuras contra el Gobierno, aseguró que el anhelo último era derribar la monarquía. Había que destacar cuantas veces fuera necesario que los destinos de Felipe González y el rey Juan Carlos estaban indefectiblemente unidos. Esto en concreto le daba un toque un tanto surrealista a la historia, viniendo de un monárquico redomado como Luis María Ansón; pero el director de ABC no ahorró detalles, hasta fijar el escenario de las reuniones en su propio despacho, para dar verosimilitud al relato.

"La ansonada", una epopeya que muy pocos llegaron alguna vez a creer, se supo más tarde que había sido en realidad urdida durante una comida en el restaurante El Cenador de Salvador, a la que asistieron Ansón, Vera, Barrionuevo y Corcuera, poco tiempo antes de la publicación de la entrevista. Los antiguos dirigentes del GAL llevaban al menos un año presionando por todos lados para conseguir un trato favorable en el juicio que tenían pendiente, chantajeando a distintos personajes públicos con vídeos sexuales y otras pruebas documentales que tenían contra ellos. Según distintas fuentes (que constan en un sumario instruido por el juez Garzón en 1998), entre esas personas estaba incluso el ministro del Interior, Jaime Mayor Oreja. Aunque, sin duda, el caso más conocido, porque al parecer no se dejó chantajear y el famoso vídeo del corsé rojo salió a la luz, fue el de Pedro J. Ramírez.

El vídeo del director de El Mundo, filmado unos meses antes, se había distribuido por correo en octubre de 1997 y luego circularon copias de mano en mano por toda España. Pero también se propagaron fotos en el diario Ya, entonces dirigido por el abogado Emilio Rodríguez Menéndez, defensor del Dioni, entrevistador del falso Anglés, víctima de un intento de asesinato por encargo de su propia esposa y gran amigo de Rafael Vera, al que se ha visto en

fiestas en su chalet junto al adivino Rappel y Jorge Argote (abogado del Ministerio del Interior), entre otros especímenes del zoológico privado de don Emilio.

Nunca se ha sabido con qué argumentos fue presionado Luis María Ansón para colaborar con Vera y Barrionuevo. Ni se sabrá, como es lógico suponer, después del alto precio que el periodista tuvo que pagar en prestigio personal. Para los artífices del invento, la peripecia tuvo su pequeña compensación cuando la teoría de la conspiración salió a relucir durante el juicio por el secuestro de Segundo Marey en el Tribunal Supremo. En su declaración como testigo, Narcís Serra, ex ministro de Defensa, dijo: "Luis María Ansón me advirtió que iba a comenzar una campaña para obligar a González a dejar el Gobierno y con la monarquía como objetivo final". Pero tampoco sirvió de mucho.

Consciente de que todo estaba todavía en el aire, Felipe González redobló sus esfuerzos en los meses previos a la vista de la causa, enviando multitud de mensajes al monarca por diversos conductos. Y todavía continuó infatigable durante el juicio, que se celebró a lo largo de los meses de junio y julio de 1998.

En la vista, Vera y Barrionuevo no perdieron los papeles y dejaron fuera de todo el asunto a sus superiores. Por lo demás, fue un verdadero circo en el que no faltó de nada. Fuera de la sala del Tribunal Supremo también se sucedían las comparecencias de unos y de otros, en más de una docena de entrevistas de dos en dos, en distintos escenarios: entre González y Sabino Fernández Campo (uno de los canales que utilizó el ex presidente para mandar recados al rey); entre Aznar y el rey; entre González y el rey; entre Aznar y la ministra de Justicia... Todas orientadas a ver cómo se solucionaba aquello.

El compromiso definitivo lo sellaron Juan Carlos y José María Aznar, ya finalizado el juicio, en agosto, en lo que se conoció como el "pacto de Marivent". El gran defensor del respeto a las decisiones judiciales, Aznar, acudió a un despacho oficial en Mallorca con el árbitro y moderador del buen funcionamiento de las instituciones, Juan Carlos y, al parecer, el encuentro fue algo tenso. Con todo, acabaron llegando a un acuerdo.

La sentencia se conoció el 10 de septiembre. Rafael Vera y José Barrionuevo habían sido condenados a 10 años de prisión cada uno y Felipe González los despidió a la puerta de la cárcel de Guadalajara pocos días después. Pero ni el ex secretario de Estado

para la Seguridad ni el ex ministro de Interior se quedarían mucho tiempo haciendo footing por el patio del módulo que tenían para ellos solos. No había terminado 1999 cuando les llegó el indulto.

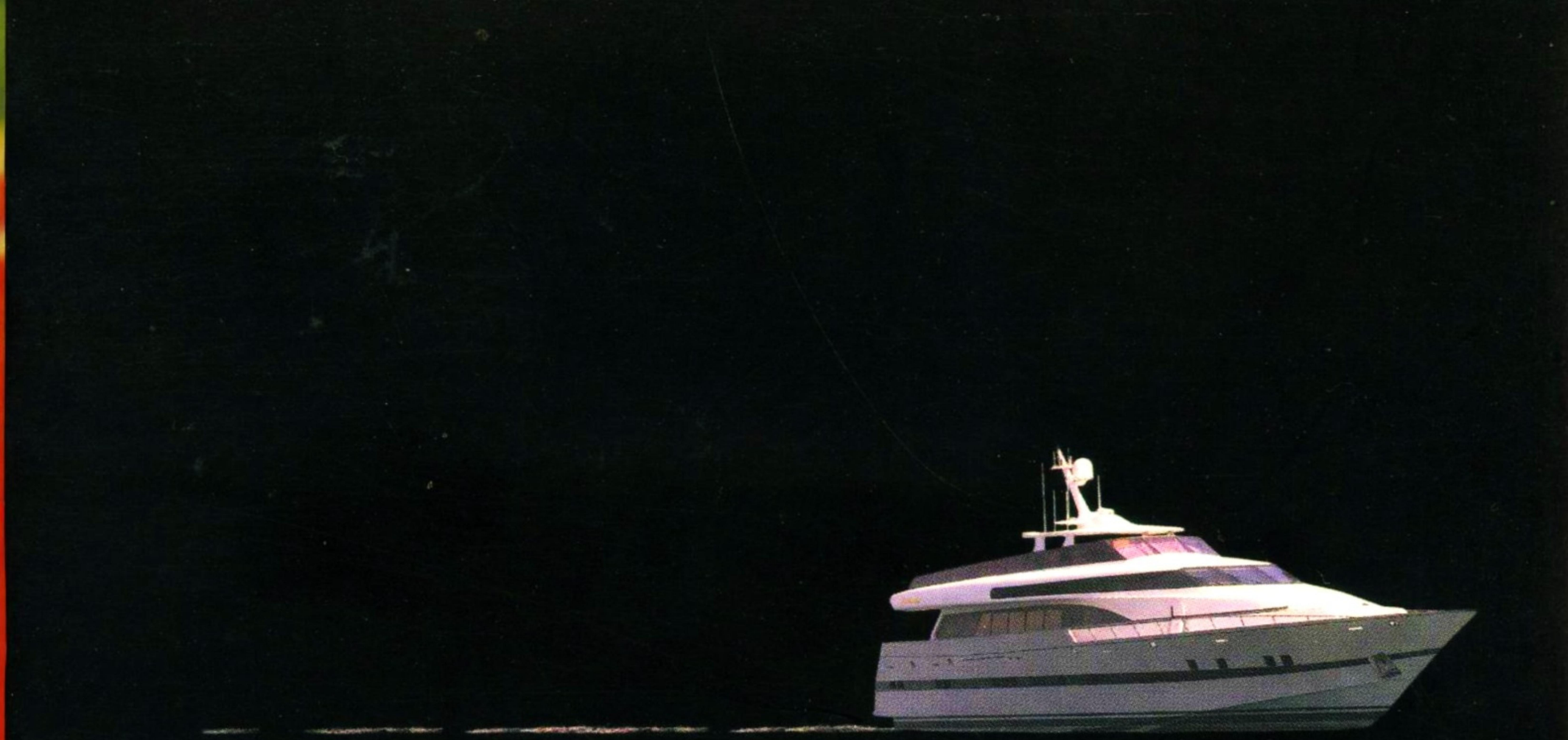
CAPÍTULO 19

EL CASO KIO, UN EXPEDIENTE ABIERTO

Javier de la Rosa acusa

Una de las mayores preocupaciones que desasosiegan en la actualidad el ánimo del rey Juan Carlos es el expediente abierto del caso KIO. Ya era una inquietud al menos desde 1993, debido a la implicación en el caso de su querido amigo Manuel Prado y Colón de Carvajal. Estando como estaba la cabeza de su estimado Manolo pendiente de un hilo, era lógico pensar que el rey sintiera desazón por él, sobre todo teniendo en cuenta que los problemas con la justicia le llegan en un momento delicado para la salud al ex embajador real. Al final, los tribunales quieren amargarle sus últimos momentos. Eso tiene que dolerle en el alma a un amigo de verdad, tanto como si fuera él mismo el afectado. Sin embargo, hoy por hoy, la cosa está bastante peor, desde que Javier de la Rosa presentó el 26 de octubre del 2000 en la Audiencia Nacional una declaración involucrando directamente al monarca.

El caso KIO fue la obra cumbre del sistema de corrupción imperante en el Estado español durante la etapa de Gobierno del PSOE. Las cifras que se manejaron no tenían parangón con las de otros casos famosos. Ni tampoco la categoría de los personajes involu-



ARDI beltza

ikerkuntza kazetaritza

UN REY GOLPE A GOLPE

BIOGRAFÍA NO AUTORIZADA DE JUAN CARLOS DE BORBON

Un Rey golpe a golpe es el primer intento de aproximación crítica a la figura de Juan Carlos de Borbón y Borbón, actual rey de España y el mayor tabú informativo del reino. Con inmunidad penal ante cualquier acto delictivo que pudiera cometer, y protegido por los medios de comunicación convencionales como si fuera una especie en peligro de extinción, son muy pocas las cosas que se han publicado sobre su persona y sobre sus actuaciones políticas con un mínimo de objetividad. En esta biografía no autorizada se le presenta como un personaje atraído por el poder desde muy joven, que ha basado su trayectoria vital en salvar los escollos que se fueron presentando ante él, con el único objetivo de ser rey. Los grandes hitos en su carrera de monarca, golpe a golpe, han sido: la muerte de su hermano, la traición a su padre, el golpe de Estado del 23 F, la construcción de una importante fortuna personal, varias batallas campales para evitar que sus escándalos sexuales vieran la luz, otras tantas para impedir que los problemas de sus "íntimos" se trataran con independencia en los tribunales...Todo ello configura un currículum lo suficientemente azaroso que nada tiene que ver con ese personaje mitificado al que, como gran mérito, se le atribuye haber liderado el "pacífico proceso de transición democrática".